

otros, reyes y constituyentes, girondinos y robespierristas? ¿Qué habría fecundado aquel riego de sangre, si tras tanto dolor y tal cataclismo, la nueva sociedad, casi la "nueva Humanidad", no salía bella, joven, luminosa y con el alma abierta a lo justo y a lo bueno?

Zola pensaba que la democracia era un hecho adquirido. Por pensarlo así tomó la pluma en su mano de hierro y escribió el tremendo *J'acuse*, que no era, después de todo, una acusación fiscal, sino un himno a esta pobre Justicia de la tierra, tan perseguida siempre y tan propensa a las excursiones por el cielo.

La equivocación de Zola ha sido sensible; el pueblo que hizo polvo la Bastilla monárquica ha fabricado con sus gritos y con sus maldiciones de odio otra Bastilla más fuerte y más temida. A ella va a parar el Emperador que, queriendo ir a Berlín por inspiración de sus súbditos, da sin pensarlo en las tristezas de Sedán; en ella son encerrados Ollivier, al día siguiente de su yerro (que era el yerro de toda Francia), y Ferry, al día siguiente de establecer en el Tonkin el imperio de la República contra el parecer de las facciones parlamentarias; en ella entró para no salir sino mediante un revólver piadoso aquel Boulanger, César en Longchamps y Saint-Arnaud, burlesco en Bruselas; en el fondo verdaderamente insondable de esa Bastilla popular, hecha de sombras, deshonras, sospechas y envidias, han ido cayendo las glorias más altas y acaso las más puras de la República: el viejo e ilustre Grevy, con sus canas escarnecidas; Gambetta mismo, con su "Gran Mi-

nisterio" convertido en Ministerio-relámpago; Casimiro Perier, pasando de la más sólida respetabilidad al pisoteo de los libelistas y al olvido de todos; Freycinet, Constans, Dupuy, Ribot, menospreciados y con el honor manando sangre; Naquet, el definidor de la República radical, presentado como corresponsal de Arton; Maset, el más elocuente periodista republicano, manchadas sus cuartillas por el cieno del Panamá...

En el espacio de diez años, la Bastilla moral de la democracia francesa se ha llenado de gloriosos espectros.

Zola, tan observador; Zola, tan penetrante y tan estudioso de la realidad real, pasó por alto esos hechos. ¿Cómo había de detenerse la "guillotina seca" ante su nombre de artista cuando no ha dejado de funcionar cortando cabezas verdaderamente populares?

Un demagogo negro como Drumond, hablando a la muchedumbre en nombre de un fantasma—del fantasma judío—, tiene una fuerza decisiva frente al hombre que sólo presenta a la consideración de todas las plebes clamorosas sus obras literarias y una invocación a la Verdad y a la Clemencia.

Las plebes, así la del arroyo como la que habita en el piso principal de la casa de *Pot Bouille*, son siempre pesimistas; creyeron en el "oro inglés" en los días de la revolución; más tarde creyeron en el "oro de la reacción"; y con ambas creencias hicieron entre los verdaderos patriotas mayor número de víctimas que Pitt y Fouché juntos.

Un historiador francés escribía en obra reciente:

“No hay rastro en toda la revolución de una libra esterlina. Sin embargo, girondinos y terroristas se degollaron mutuamente bajo la acusación de semejantes corrupciones.”

“Pálido—dice un telegrama de hoy—, pálido, pero firme y serio, aparece Zola subiendo las gradas del Palacio de Justicia. Silbale la multitud.”

Aquella palidez y ese silbido constituyen dos términos históricos de este gran drama de la decadencia democrática.

Zola llega al banquillo después de haber realizado una de las mayores, si no la mayor obra literaria de nuestro siglo. Cuando en Francia no quedaba del espíritu literario más que el sibilítico clamor de Victor Hugo, Zola muestra un camino, un ancho camino a la juventud. A su lado ábrese el alma de Daudet como la roja granada campestre y aromosa con su jugo balsámico y sus granos brillantes. Tras él aparecen con Maupassant, Jacob fuerte y hermoso de aquella tribu del genio, todos los más felices cultivadores de la novela contemporánea.

Y esa novela no es una labor superficial de literatos; en el Cenáculo de Zola el nuevo espíritu social y cristiano, cuanto es amor y esperanza, habla y resplandece como verdadera lengua de fuego. El mundo entero, que apenas sabe de Drumond ni de sus diatribas, ha comulgado con Francia gracias a los millares de páginas en que Zola ha descrito sus dolores y ha señalado sus horizontes.

¡No importa! Tanta gloria y tantos laureles venían hoy atropellados en la oscura sala de un Tribunal de Justicia.

Francia no quiere que Dreyfus pueda ser inocente. Francia cree culpable al condenado de la sala del Diablo, y no consiente que nadie eche una sombra sobre la majestad de su convicción colectiva.

Con esa decisión pasa por encima del escritor insignie y hasta reniega de haberle albergado en su seno.

¡Oh, progreso! ¡Oh, justicia! ¡Oh, igualdad! A los diez y nueve siglos tornáis al Calvario; ¿qué tornar? Hoy Zola, como si por las célebres palabras de Catón no hubiera pasado el aliento del Cristianismo, bien podría salir del tribunal exclamando:

—Virtud, libertad, no sois más que un nombre vano...

HABLA CASTELAR

Ha motivado en estos días gran discusión el tema de las alianzas. El Sr. Salmerón, el señor Silvela, el Sr. Mella, han tocado ese punto, señalando cada cual sus preferencias, pero conviniendo en la necesidad de que España salga de su aislamiento.

Nosotros a semejanza de una gran parte de la Prensa, hemos dado también nuestra opinión. Para nosotros, el asunto de las alianzas hay que considerarlo por el aspecto de su conveniencia y por el lado de la posibilidad. La conveniencia es innegable; la posibilidad es bastante discutible.

Abundan los motivos sentimentales para una inteligencia con Francia, no faltan elementos de simpatía con Italia y con Austria; ciertas demostraciones del Emperador Guillermo, podrían hacernos creer en una fácil inteligencia; pero es lo cierto que, por encima de sentimientos, de simpatías y de insinuaciones, cualquiera alianza efectiva requeriría para nosotros mayores sacrificios que el aislamiento. Ya lo dijo el se-

ñor Silvela; para encontrar amigos que nos ayuden en esta hora tan difícil, no podemos ir con las manos vacías. Es decir, para evitar el desastre siempre honroso de la guerra, sólo quedaríamos como recurso el desastre de la paz.

Creyéndolo así, nosotros no hemos vacilado en declarar, que del trance en que se encuentra España, sola ha de salir con bien o con mal, sin otra ayuda que la que Dios quiera deparar a sus esfuerzos.

Este amargo convencimiento tuvimos de razonarlo con observaciones sobre el estado de Europa, y el universal imperio del egoísmo; y así, sirvenos hoy de mayor seguridad en nuestro juicio la opinión que un estadista y un patriota como Castelar, formula sin rodeos en el último número de la *Nouvelle Revue Internationale*.

El Sr. Castelar cree exactamente lo mismo que los modestos escritores del *Heraldo*. Nada es para el grande orador tan difícil de conseguir, y tan inútiles, una vez conseguidas, como las llamadas alianzas. A Italia le han servido de ruina, obligándola a emplear su fortuna pública en costosísimos armamentos. Sin embargo, en su primer ensayo colonial, sus aliados la abandonan, y tiene que entregar Kassala a los ingleses. Grecia, creyendo contar con todos sus deudos coronados y con todos los protectores de su dinastía, es atropellada por todos ellos en Creta, y entregada después a la brutalidad de Turquía.

Pero sin considerar las alianzas por ese lado, hay que ver la situación propia de cada pueblo

para juzgar de su disposición y de su libertad de intereses y de espíritu. Francia, por ejemplo, no se convertirá en enemiga de España a causa de la vecindad y del parentesco de raza; pero en el caso presente, esto es, en el caso de una guerra en que luchan España y los Estados Unidos, tampoco olvidará los estrechos lazos que le unen al mundo Sajón de América: la figura de Lafayette, la llegada de Franklin a Francia, la llegada de Brissó al Nuevo Mundo, los principios de Payne, las bendiciones de Voltaire sobre la cabeza de Washington...

Además, ¿en qué alianzas habría de comprometerse Francia teniendo pendiente su conquista de Madagascar, su expansión por el Tonkin, su influjo en Annam y Siam, su dominio en Marruecos y las complicaciones de Níger?

Y no se diga de Alemania. Preocupado el Emperador, que es allí el alma de toda la política, por la creación de una escuadra, por el sueño de conquistas coloniales, por la situación interior del Imperio, harto tiene que hacer en cosa propia Guillermo I para mezclarse a los asuntos de los demás. Cierto de la enemistad francesa, no menos cierto de la hostilidad de Inglaterra, distanciado en la cuestión de Oriente de las grandes potencias, nada seguro de Rusia, desconfiado de los lazos que le unen a Austria e Italia, no puede darse una situación menos a propósito para concertar amistades nuevas.

Italia y Austria, por su parte, menos pueden ofrecer materia de alianzas. La primera ha sufrido bastante en sus intentos coloniales para batallar por las colonias de otros; la segunda,

con la amenaza de una revolución comunista en Transilvania, con la evocación del período revolucionario del 48 en presencia del emperador mismo de Hungría, el equilibrio inestable, en fin, de todo el Imperio, dicen bien a las claras que Austria sólo puede ocuparse en contener su disolución y su ruina.

¿Se prestaría a una alianza Rusia que tan grande interés tiene en mantener su amistad con los Estados Unidos y a la cual jamás podríamos ofrecer compensación alguna?

El Sr. Castelar se pronuncia por la soledad, recomendando la resignación para el presente y una mayor previsión, y un mayor ahorro de energías para el porvenir.

Después de todo, dice hermosamente, y dice bien, los yanquis no bloquearán nuestro honor.

MUERTE DE GLADSTONE

Londres, 19, (5,19 m.)—Acaba de fallecer, a la edad de noventa años, el insigne estadista inglés y jefe que fué del partido liberal, Gladstone. — FABRA.

Muere el gran estadista inglés a la hora en que su voz podía haberse levantado una vez más—una suprema vez—contra la fuerza y la injusticia, alzadas con el señorío del mundo. Precisamente la agonía del glorioso orador, cuya vida transcurriera en valiente confesión de toda noble causa, ha coincidido con el mayor alarde de violencia que en todo el siglo se haya hecho por un Gobierno británico.

Como salmo entonado al alma generosa de Gladstone, como responso terrible, resuenan las frases de Salisbury y llevan las palabras de Chamberlain de pueblo en pueblo una promesa de guerra universal... Si; desaparece Gladstone en un momento mal y bien elegido por la muerte—mal elegido, porque aún podía poner medida en la impulsión de los violentos la censura del hombre venerable que con mas altos y

constantes títulos personificara en Europa la política del amor, la política de piedad y de fraternidad para todos los débiles y todos los desgraciados del mundo; bien elegido, porque, ¿dónde habría más doloroso espectáculo que el escenario de tanta gloria y la bancarrota de tanto esfuerzo como suponen las alianzas anunciadas y la clasificación perentoria de naciones vivas y naciones moribundas?

Para un espíritu como el de Gladstone, la política de estos días, la estrechísima política de raza y de razones sociales mercantiles que preconizan Salisbury y Chamberlain del lado acá del Océano, y que encubren con bandera humanitarista del lado allá Mac Kinley y sus émulos y secuaces, no habría encontrado sino vehementes censuras y acaso francas maldiciones.

Pero ¿a qué campaña habría podido entregarse el hombre que, si ha conservado hasta última hora vivo el genio y luminosa la palabra, ya únicamente era una sombra de sí mismo, ciegos los ojos y rendido el cuerpo a todos los rigores de la edad?

En otros tiempos no habría pronunciado impunemente Chamberlain su último discurso, ni España habría dejado de recibir un grande aliento de aquel que para los cristianos de Oriente, para los judíos de Rusia, para los hambrientos de Holanda, para Grecia atropellada, para todos los abandonados de la suerte tuvo siempre una palabra de esperanza y un pensamiento de redención.

Sobre pocos estadistas europeos puede formular la Historia con tanta rapidez y tanta facilidad su juicio definitivo como sobre Gladstone. Tory en su juventud, intransigente hasta el punto de sublevar las iras de Macaulay, fué gradualmente atemperándose a su tiempo, siendo el alma del liberalismo y transformándolo más tarde en una radical democracia. Cuanto Inglaterra goza hoy de libertades nuevas, a Gladstone débelo; él ensanchó el sufragio de modo que, sin perder el Parlamento nada de sus tradicionales prestigios, abrió su tribuna a radicales como Brandlaugh y Labouchere y a demagogos como Burns.

Conservando intacta a la Corona su majestad secular, de reforma en reforma llegó a darle los caracteres de popular magistratura que los jefes de las Repúblicas nuevas no han sabido alcanzar. Protestante, logró para los católicos el respeto y la igualdad en las leyes y en la opinión.

Patriota, quiso para Inglaterra, no el dictado de tirano de Irlanda, sino el de hermana y protectora. Gobernante a vueltas con la realidad, no transigió nunca, sin embargo, en arriar la bandera del ideal, valiendo en la cuestión de Oriente su palabra por varias escuadras y por varios cuerpos de ejército.

La admiración de Inglaterra por Gladstone tenía algo de religioso. Merecíalo el hombre que para el Universo entero representaba el poder justo y la elocuencia siempre humana y piadosa.

Para engrandecer a Inglaterra no necesitó en-

sangrentar sus manos; su obra fué de paz, sin detrimento de la fuerza ni de la fortuna; lección y ejemplo para otros hombres que, interrumpiendo y negando esa obra tan positiva como hermosa, no merecerán de la Historia una bendición, ni de los pueblos una lágrima.

EL CASO DE CAVAIGNAC

¡Cuán hermoso caso de sinceridad el que a estas horas ofrece a la admiración, no sólo de Francia, sino de todo el mundo, el ministro Cavaignac! El asunto Dreyfus, y únicamente el asunto Dreyfus, había acabado con el Gabinete Méline. Francia estaba dividida, La agitación producida por la campaña del insigne Zola no podía ya ser contenida. Eran ineficaces los términos medios, y fueron llamados al Gobierno los radicales. Estos aparecían con un programa rotundo y expresivo. Ni una concesión a los zollistas. Ni la promesa más remota a los defensores del juicio de revisión. Dreyfus había sido traidor y continuaría siéndolo por los siglos de los siglos, y quienquiera que lo dudase debería ser acallado por la prisión, por el destierro, por el deshonor, por el implacable castigo de las leyes y de los Poderes públicos. Para realizar este programa enérgico y aplastante era necesario un hombre: un hombre de puños y de pecho. Rochefort dijo desde su periódico quién podía ser aquel hombre. No podía ser otro que Cavaignac.

Ya en otra ocasión Cavaignac había sido encargado de la cartera de Guerra, pero no a causa de sus antecedentes radicales, sino por virtud de su temperamento conservador, amigo del orden, de la autoridad y de la fuerza.

Un hombre civil en el Ministerio de la Guerra debía representar todos esos principios en grado más considerable que un general. De lo contrario no sería un organizador del ejército—que es el fanatismo de Francia—, sino un destructor, enemigo de la patria.

La opinión francesa vió con muy buenos ojos a Cavaignac al frente del ejército. Hijo del general que ametrallara a los exaltados del 48, tenía, sin embargo, para los republicanos, personal mérito histórico: siendo estudiante negóse a recibir un premio de manos del príncipe imperial.

—Yo también—dijo—soy hijo de un jefe de Estado, de un presidente de la República, y no reconozco príncipes ni superiores—y permaneció en su asiento.

Este recuerdo dábale para las masas un puro abolengo republicano; cuanto al ejército, no podía desconfiar de un hombre político serio y reflexivo, enemigo de bullangas, y que además pertenecía por su nombre ilustre a la gran familia militar.

El paso aquel por el Ministerio de la Guerra fué provechoso al ejército y al prestigio personal de Cavaignac. Andando un poco de tiempo, acabó de “legalizar” su situación dentro del radicalismo con la defensa del impuesto progresivo sobre la renta; y aunque Brisson y Bour-

geois—más antiguos que Cavaignac—aparecían como titulares de la jefatura, que daba Cavaignac entre los radicales como el verdadero número “uno”, colocado desde luego entre los “papables” del Eliseo.

En ese hombre se fijó Rochefort. Y toda la campaña antizolista y antidreyfusista corrió por cuenta de su mano de hierro.

Y su mano de hierro fué pronto sentida. Jueces como Bertulus, militares como Picquart, Zola en el proceso de Versalles, cuantos de una u otra manera revolviáanse contra la sentencia de Dreyfus, quedaban aplastados.

La Cámara siguió a Cavaignac como el rebaño sigue la cayada del pastor.

—Declaro que Dreyfus es culpable. Declaro que el Estado Mayor no se equivocó en el proceso. Declaro...

Todo cuanto quiso declarar Cavaignac fué elevado en votación unánime a patriótico artículo de fe por la Cámara.

No había salida para Zola, ni para Trarieux, ni para Clemenceau, ni para Jaurés, ni para ninguno de los incrédulos en la justicia hecha al prisionero de la Isla del Diablo.

...

Y de pronto se produce la escena tremenda entre el ministro de la Guerra y el coronel Henry. Este—¡cuán extraño caso de psicología!—, llamado al honor por su jefe, declara que la mayor prueba de culpabilidad contra Dreyfus

era falsa, y era él, por añadidura, el autor de la falsedad.

En tal momento, la última y definitiva palabra del asunto Dreyfus pertenecía a Cavaignac. Podía callar y, seguramente, no sería Henry quien supliría su silencio. Podía hablar, y entonces...

¡Ah! Entonces, ¿qué sería de su crédito como hombre de opinión? ¿Qué de su autoridad como ministro? Había proclamado ante Francia entera la terrible autenticidad de aquel documento que ahora resultaba una vil obra de impostura. ¿Cómo sería estimada su declaración nueva? ¿Qué responderían las Cámaras que le aclamaran y la muchedumbre de patriotas que le tuviera por su primer caudillo?

Pocos hombres públicos, pocos ministros se habrán hallado en tan tremenda batalla con el deber y con la popularidad, con la conciencia y el interés político.

Pero Cavaignac resolvió en un minuto el conflicto. Se entregó a la verdad todo entero. No temió a la crítica, ni a la derrota.

—Hemos sido engañados—dijo a Brisson— Pero yo no engaño a mi vez a Francia. Cúmplase la justicia.

* * *

Y el efecto ha correspondido a la nobleza de Cavaignac. No hay periódico francés que no se rinda ante tanta grandeza moral. Cavaignac es hoy la primera figura de la política francesa. Rochefort mismo, que no conoce escrúpulo ni

piedad, siéntese desarmado. “Era Cavaignac mi candidato—escribe—y sigue siéndolo. Hombres de su elevación de espíritu merecen el respeto universal hasta cuando sus actos puedan sernos perjudiciales...”

... Ahora viene a punto la moraleja. ¿Qué ministro hay en España capaz del sacrificio que ha representado para Cavaignac la confesión de su desengaño? ¿Quién se habría aquí declarado falible? ¿Quién “osaría” presentarse a una Cámara declarando que no era merecido el voto unánime de su confianza? Lo estamos viendo: hombres que han traído el más grande de los desastres “endosan” la letra de la responsabilidad a todo el mundo. Rechazan su pago por cualquier medio y aspiran a continuar “operando”. Nadie se ha equivocado: ni Sagasta, ni Moret, ni Gamazo, ni Correa, ni Auñón, ni siquiera Almodóvar. Todos son dignos de la silla gestatoria. Todos son infalibles.

Pero en este hecho está el secreto de nuestra disminución; como en el rasgo de Cavaignac está el secreto de la grandeza de Francia. Allí no importa llamarse Gambetta, ni Grevy, ni Ferry, ni Freycinet. Allí no basta haber salvado la República, como Constans, para caer en la obscuridad más absoluta. Los hombres públicos son meros servidores de la nación y ésta sólo utiliza de ellos las luces y los aciertos. Y cuando yerran, nada les salva: ellos mismos se resignan patrióticamente, a no ser que la misma nación halle en casos como el de Cavaignac un motivo más de confianza.

era falsa, y era él, por añadidura, el autor de la falsedad.

En tal momento, la última y definitiva palabra del asunto Dreyfus pertenecía a Cavaignac. Podía callar y, seguramente, no sería Henry quien supliría su silencio. Podía hablar, y entonces...

¡Ah! Entonces, ¿qué sería de su crédito como hombre de opinión? ¿Qué de su autoridad como ministro? Había proclamado ante Francia entera la terrible autenticidad de aquel documento que ahora resultaba una vil obra de impostura. ¿Cómo sería estimada su declaración nueva? ¿Qué responderían las Cámaras que le aclamaran y la muchedumbre de patriotas que le tuvieran por su primer caudillo?

Pocos hombres públicos, pocos ministros se habrán hallado en tan tremenda batalla con el deber y con la popularidad, con la conciencia y el interés político.

Pero Cavaignac resolvió en un minuto el conflicto. Se entregó a la verdad todo entero. No temió a la crítica, ni a la derrota.

—Hemos sido engañados—dijo a Brisson— Pero yo no engaño a mi vez a Francia. Cúmplase la justicia.

* * *

Y el efecto ha correspondido a la nobleza de Cavaignac. No hay periódico francés que no se rinda ante tanta grandeza moral. Cavaignac es hoy la primera figura de la política francesa. Rochefort mismo, que no conoce escrupulo en

piEDAD, siéntese desarmado. "Era Cavaignac mi candidato— escribe—y sigue siéndolo. Hombres de su elevación de espíritu merecen el respeto universal hasta cuando sus actos puedan ser perjudiciales..."

... Ahora viene a punto la moraleja. ¿Qué ministro hay en España capaz del sacrificio que ha representado para Cavaignac la confesión de su desengaño? ¿Quién se habría aquí declarado falible? ¿Quién "osaría" presentarse a una Cámara declarando que no era merecido el voto unánime de su confianza? Lo estamos viendo: hombres que han traído el más grande de los desastres "endosan" la letra de la responsabilidad a todo el mundo. Rechazan su pago por cualquier medio y aspiran a continuar "operando". Nadie se ha equivocado: ni Sagasta, ni Moret, ni Gamazo, ni Correa, ni Auñón, ni siquiera Almodóvar. Todos son dignos de la silla gestatoria. Todos son infalibles.

Pero en este hecho está el secreto de nuestra disminución; como en el rasgo de Cavaignac está el secreto de la grandeza de Francia. Allí no importa llamarse Gambetta, ni Grevy, ni Ferry, ni Freycinet. Allí no basta haber salvado la República, como Constans, para caer en la obscuridad más absoluta. Los hombres públicos son meros servidores de la nación y ésta sólo utiliza de ellos las luces y los aciertos. Y cuando yerran, nada les salva: ellos mismos se resignan patrióticamente, a no ser que la misma nación halle en casos como el de Cavaignac un motivo más de confianza.

DOMINICAL

MENDIZABAL

Tiene razón el Sr. Menéndez Pelayo: el genio verdadero de Galdós relampaguea en sus "novelas contemporáneas"; pero donde brilla con toda su luz es en los *Episodios Nacionales*. Son sus páginas de juventud: flora gallarda y jugosísima de una tierra virgen. La novela de tesis, la novela cosmopolita en que luchan, no sin grandeza a veces, todas las pasiones de nuestro tiempo, no desmedra ni desmerece con Galdós: sale de sus manos briosa y elocuente; pero, al fin y al cabo, sin privilegio de invención ni la maestría extraordinaria de un Flaubert o un Zola. Al través del esfuerzo suele advertirse la falsilla. La novela puramente nacional, el *Episodio* españolísimo, donde todo, el hombre y el ambiente, llevan nuestro sello de raza, es cosa enteramente aparte. Podrá la misma filiación literaria del género denunciarse con ciertos de-
jos extranjeros; pero aun en tal caso, aun empleando Galdós—para hablar con franqueza—la manera y el procedimiento de Ermann-Cha-

trian, todavía el cantor de nuestra gesta de independencia y libertad pone en la obra "tan sólo suyo" y tanto nuestro, tal cantidad de imitación y vida propias, que el intento de imitación—si lo hubo—queda redimido y absuelto...

Desde Trafalgar al último día del absolutismo, aquella milagrosa España revive con exactitud artística—la más sugestiva y preciada de las exactitudes—en los breves volúmenes que Galdós escribe y lanza al público con nerviosismo y juvenil prodigalidad.

Es allí todo fresco y lozano, y si en *Zaragoza*—como dice Menéndez Pelayo—la Historia acaba por no dejar un palmo de terreno a la imaginación, en *Cádiz* y en *Gerona*, por ejemplo, la poesía se explaya sin que por ello sufra un atropello la Historia. En *Zaragoza* mismo la acción épica no impide al novelista mostrarse: el episodio de amor que, paralelo a la tragedia local, va desarrollándose en escenas ya tiernas, ya dolorosas, y siempre sublimes, puede casi colocarse al lado del idilio sombrío de *Doña Perfecta*... No alcanza su grandeza ni su arte; pero es digno de la misma mano...

Hoja por hoja y suceso por suceso, diríase que Galdós ha sido el *Araceli* de su inmenso poema. Todo está "visto". Todo está vivido. Todo parece amasado con sangre del autor. Aquellos quince años de historia tormentosa, en que no parecía sino que en nuestra tierra habíase volcado todo el Apocalipsis, pasan por el lector como chispa eléctrica: deslumbrando y sacudiendo.

El historiador artista—un Tácito o un Mac-

lay—puede acercarse a eso. Pero una cosa es acercarse y otra es llegar. Galdós llega y completa el recuerdo por medio de la resurrección.

Han pasado ¿cuántos años? Muchos para el artista. Acaso más para el "asunto". Vuelve Galdós al yunque y golpe tras golpe sobre el hierro, éste muéstrase de una ingrata dureza. *Zamalaquíregui* quiere ser continuación de aquello y no es sino un remedo triste. En el ir y venir de un jastaliote monomaniaco e impulsivo páranse páginas y más páginas, y el héroe carlista, alejado del teatro y de la acción, apenas si en misteriosa procesión nocturna muéstrase nos para morir...

Este *Mendizábal* de hoy, ¿puede ser un personaje y un asunto novelables? Aún vive gente que le siguiera y le admirara: eso hace difícil la libertad del artista. Por otra parte, una figura como la de *Mendizábal* no es dramática en sí, sino en relación con su tiempo. Hacendista, hombre de trabajo, de bufete y hasta de Parlamento, pero sin relieve oratorio, llevando tras él los hombres a causa de las ideas, no de los sentimientos: sin tribuna despedidora de rayos, sin caballo de guerrero o de dictador, sin uno de esos apostolados elocuentes que entran por los ojos de nuestro pueblo, muy trabajosamente puede ofrecer el ilustre D. Juan materia propicia a poetas y noveladores.

Fué *Mendizábal* "una revolución", pero revolución de *Gaceta*, de decretos, de cartas, de minutos... La lucha sangrienta ya no se llama "Mendizábal": él organiza y ordena, pero no

asiste a la batalla... No es un Danton en la terrible noche de agosto...

Friamente, demasiado friamente va a llegar el Sr. Galdós, día por día y episodio por episodio, hasta *Sagasta*.

Lamentémoslo cuantos admiramos a Galdós.

El último episodio nacional debió ser su primera novela contemporánea: la maravillosa *Doña Perfecta*... Allí la Historia y la poesía se dan el último beso, para no volver a encontrarse hasta que, al correr de los años, pierda la prosa su dominio natural sobre los hombres y las cosas.

La perspectiva es un elemento indispensable a todo el Arte.

OLOZAGA

Muere en París el 24 de septiembre de 1873.

Recuerdo aún aquella tarde espléndida de mayo en que dióse tierra cristiana al cadáver del gran orador. Detrás del féretro caminaban, a caballo, el general Pavia, que aún llevaba frescos los laureles victoriosos del 3 de enero, y a pie, el Sr. Sagasta, ministro de Estado de la República.

Alrededor del ministro popularísimo y del general admirado apiñábase inmensa muchedumbre.

En 1874 aún había progresistas que recordaban la *Salve* famosa y la trágica caída del 43.

Para aquellos progresistas, verdaderos "sobrevivientes" del propio progresismo, contaminado ya entonces de todos los virus positivistas y gubernamentales, Olózaga, más brevemente, *D. Sabudiano*, seguía siendo, no el orador más ilustre, sino el *orador*; no uno de los hombres más importantes de la Revolución, sino sencillamente el *hombre*.

Ni sus veleidades republicanas de última hora, ni su mala ventura en el negocio de las candi-

daturas regias, ni su inconsciente, pero decisiva, y fatal intervención en las divisiones del progresismo, destrozado al fin por zorrillistas y sagastinos, hicieron olvidar sus campañas de maravillosa elocuencia y de civismo admirable, frente a las violencias de los moderados y al enfermizo y corruptor doctrinarismo de los unionistas.

Con Olózaga aconteció en la Revolución un caso singularísimo. Fué a ella mediante el re-
traimiento, y muy a su pesar, empujado por la influencia incontrastable de Calvo Asensio; pero Olózaga no era hombre de barricadas ni de conspiraciones en la sombra. Resignóse al destierro, pero más por dignidad que por avenirse a aquellos caminos oscuros.

Recordando acaso los odios del 40, dió en 1864 en los Campos Eliseos el "golpe de gracia" a la jefatura de Espartero, pero tampoco aceptó muy a sus anchas y muy a su gusto la supremacía de Prini.

Debiéndolo todo a su palabra, que en el ocaso saludara como émula y rival única la de Martos en la tribuna parlamentaria, cuanto significaba fuerza y agitación érale repulsivo...

A pesar de todo, D. Salustiano de Olózaga, al día siguiente de la Revolución de septiembre, fué una de las columnas más fuertes, y hacia él volvieron los ojos, esperanzados, casi todos los progresistas.

En la Comisión de Constitución fué el verbo del progresismo clásico y tradicional.

Para Olózaga no había pasado el tiempo, ni habían venido al mundo Castelar y Martos, Rivero y Morel, los demócratas, los republicanos, los defensores del derecho individual, novísimo, mal avenidos con la rancia teoría de la voluntad nacional infalible.

En aquella Comisión de Constitución dió Olózaga por la unidad católica, que no había sido abandonada de los viejos progresistas, su última batalla, que, dentro del Parlamento, fué para él también la primera derrota.

Vencido en toda la línea, partióse entonces a París con aquella su embajada que había de permitirle asistir a la caída del Imperio en nombre de la Revolución, como en 1848 asistiera a la caída de Luis Felipe en nombre de doña Isabel II.

Ni en la embajada, ni más tarde a su paso breve por la presidencia del Congreso, volvió Olózaga a ser más que un prestigio histórico.

La Revolución de Septiembre marcaba decididamente el advenimiento de la democracia, y ante la democracia triunfante no podía ser una fuerza positiva Olózaga, por lo que aquella teoría de contrario al credo progresista, ni podía ser tampoco un elemento negativo, por lo que Olózaga tenía de antiborbónico y, por tanto, de interesado en las prosperidades de la Revolución, llamárase como se llamara y fuere como fuere.

Su actitud fué la que pedían los tiempos, la que imponía la realidad: pasiva y de consejo.

En ella sorprendióle la República, y modifi-

cóla, entonces, por su amistad a Castelar, en un sentido expectante.

¿Murió Olózaga republicano? ¿Pensó, como dijo un día el marqués de Molins en su discurso famoso del Ateneo; pensó el "primer antidinástico de España" en la conveniencia de ayudar a la restauración de los Borbones?

Es éste un misterio que nadie esclarecerá fácilmente.

Mas, por encima de injusticias y apasionamientos pasajeros, al través de los años y los acontecimientos con olor a pólvora y sabor a sangre, lo único cierto es que la figura de Olózaga, tribuno del partido más popular de España, maestro de nuestros parlamentaristas, alma del renacimiento constitucional, tiene que destacarse luminosa y atractiva del fondo obscuro de nuestra historia contemporánea.

...

Liberal hasta la medula, español hasta las entrañas, espíritu esclarecido por su talento luminoso y su extraordinaria cultura, señor de la palabra y tirano invencible en la tribuna, su nombre simboliza virtudes cívicas, religión de la patria, amor de las libertades en que creemos y del arte en que nos serenamos.

Nombrar a Olózaga es asistir a las postrimerías del absolutismo, a la risueña mañana liberal de María Cristina, al despertar de un pueblo en los Estamentos y en las Cortes, a la explosión de las contiendas civiles, al trienio progre-

sista, a las grandes intrigas y a las grandes defeciones del 43...

Es abrir la crónica secreta de un reinado todavía en juicio; es sorprender la conspiración de los once años; es presenciar la Revolución de Julio; es pasar por el prólogo del bienio célebre, para dar en la obra consumada de una Revolución "que ha subido hasta el Trono"...

Cuando un nombre y un hombre pueden evocar tantas cosas muertas y representar tantas cosas vivas, señal es elocuente de un derecho perfecto al honor de la Historia y a la admiración fervorosa de la posteridad agradecida.

Conocimos a don Sebastián...
Llamaba aquella excelente señora que Dios
debe haber coronado de gloria en los cielos
una de su existencia. Hija de un tiempo, se
siempre acendramos de negro con el espíritu
las ajustando a las ideas las cosas planteadas.
nos que salen de la collar de ensueño y en
vando en las...
trección, después de...
podía hablar con ella sin sentir una profunda
admiration.

HOGAR HONRADO

DOY JOSÉ CARVAJAL.—BUEN HIJO, BUEN PADRE

El ilustre ministro de la República, cuyo cadáver ha sido conducido hoy a la estación del Mediodía para desde allí llevarle a Málaga a dormir el sueño eterno al lado de sus antepasados, ha sido uno de los hombres más notables de la España contemporánea, menos conocido por la generalidad de lo que merecían sus admirables cualidades, entre las que descollaba el saber profundo, la nobleza del alma y la hermosura del corazón.

Pero si como hombre público fué eminente, D. José Carvajal merece ser considerado en la vida privada, por las excepcionales condiciones que en él concurrían.

Tuvo la dicha de nacer de una señora que era, sin exageración ninguna, el colmo de las perfecciones; dotada de inteligencia superior, de grandes virtudes y de un carácter enérgico que, sin excluir la dulzura, sabía marchar y hacer marchar rectamente por el camino del deber a los que estaban a su lado.

Conocimos a doña Magdalena Hué, que así se llamaba aquella excelente señora, que Dios debe haber coronado de gloria, en los últimos años de su existencia. Bajita de cuerpo, vestida siempre sencillamente de negro, con el peinado liso ajustando a las sienes las canas blanquísimas que salían de la cofia de encaje, y conservando en las facciones huellas de una gran corrección, inspiraba respeto y simpatía, y no se podía hablar con ella sin sentir una profunda admiración.

Su hijo la adoraba; ella, viuda y pobre, lo había educado a él y a su hermana con cuidadoso esmero, y como aquella santa mujer tenía un nivel intelectual y una instrucción superior a la que era en aquel tiempo la característica de las de su clase en España, pudo preparar la inteligencia y el corazón de su hijo para hacerle sabio y, lo que es mejor, bueno.

No hay maestros, no hay ayos, no hay nadie que pueda preparar el alma de un niño como su madre; lo que ella enseña es lo que nunca se olvida; lo que ella dice es lo que mejor se aprende; lo que ella manda es lo que con más gusto se obedece.

El que ha sido educado por su madre, el que ha aprendido a rezar en su regazo, el que ha dado los primeros pasos cogido a sus faldas, el que se ha dormido recibiendo sus besos, y se ha despertado tendiéndola los brazos, ése se puede tener por uno de los seres más dichosos de este mundo, aunque sufra después muchos sinsabores, porque en el recuerdo y enseñanzas de su madre hallará siempre fortaleza y consuelo...

Una de las mayores venturas que Dios puede conceder a un mortal es conservar le muchos años a su madre, para que pueda él de hombre pagarle, en parte, lo que ella hizo por él cuando era niño.

Carvajal gozó de esta dicha, y habrá habido pocos hijos más respetuosos y más amantes de su madre. El orador que pronunciaba elocuentísimos discursos en el Parlamento, el ministro que hacía frente a las graves cuestiones de Estado, el hombre público engolfado en la política, se transformaba delante de su madre en el niño que va a recibir caricias y lecciones, en el que va a leer en sus ojos si está contenta.

A nadie cedía el derecho de llevarla del brazo cuando iba a la iglesia, a nadie cedía el puesto al lado de ella al sentarse a la mesa, y lo que ella decía era escuchado con profundo respeto por aquel hombre tan eminente.

Casado con una dama de aristocrático linaje y de tanta belleza como virtudes, Carvajal ha sido afortunadísimo en su hogar, animado por hijas tan hermosas y buenas como su madre y por un hijo inteligente.

Como padre fué Carvajal lo mismo que había sido como hijo.

A su hijo están dedicados los volúmenes en que recogió sus discursos parlamentarios, y del prólogo son los siguientes párrafos, llenos de delicadeza:

"Si el hijo no tuviese todo lo del padre y, en general, no enriqueciera su acervo, fuera falsa la ley de la perfección y del progreso intelectual y moral, y en vez de irse acercando cada

ob día más la Humanidad a su fin, permanecería
estancada o volvería a sus orígenes. Yo tendré
orden en la tierra como un anuncio de las celestiales
satisfacciones, si de la misma manera que hoy
confunden nuestras personas cuando dicen las
obligentes: *Ese es el hijo de Carvajal*, oyera yo decir
obcir de mi en adelante: *Ese es el padre de Carvajal*.
obvajal. ¡Dichosos aquellos que oyen voces tales
oy y tienen la certidumbre de haber contribuido
oy a la variación de los términos! Esta es mi misión
oy de entender la paternidad: lo que yo he
oy aprendido lo he aprendido para ti, para que tú
oy y yo y los que vengan detrás trabajemos en la
oy ller misterioso y callado con trabajo perseverante,
oy que algún día pueda producir espléndida
oy flor y sabroso fruto.

oy "Todo esto que te digo tiene una marca reli-
oy giosa, porque en proporción que voy adelantando
oy el viaje, nordeo con mayor exactitud hacia
oy el puerto y atiendo más a la aguja náutica: se-
oy ñal de muerte."

oy Ayer, al dar cuenta de la sensible pérdida de
oy hombre tan eminente, publicábamos el último
oy terceto del soneto que escribí pensando en el
oy fin de su vida.

oy El soneto entero dice así:

COMO QUIERO MORIR

Quiero morir tranquila mi conciencia
de no haber hecho daño voluntario,
con lágrimas bruñendo el relicario
del alma en el altar de mi creencia.
Labran sufrir y amar mística esencia
que redime la culpa en el Calvario;
pequé, mas padecí signo contrario
y amé a Dios, a mi patria y a la ciencia.
Quiero morir en brazos de mi hijo,
siendo mi sepultura en el sendero
de la fe y del honor su rumbo fijo.
Quiero morir cristiano y caballero,
Quiero morir besando un crucifijo,
¡Y sé que no es morir esto que quiero!

Y así ha muerto. Este soneto sería el mejor
epitafio que se podría poner sobre su tumba,
para la que no ha querido flores, porque sabe
que no han de faltar en ella lágrimas y oraciones.

DON MANUEL TAMAYO

Como si en estos tan negros días toda pena y todo dolor quisieran entrar a saco el corazón de España, viene hoy la muerte de Tamayo, de una de nuestras más puras glorias nacionales, a poner en nuestra alma nuevas amarguras.

Silenciosamente, en la laboriosa soledad de su retiro académico, allí donde para siempre quedará colgada la pluma insigne de *D. Joaquin Estébanez*, y allí donde el erudito, y el bibliófilo y el elegantísimo disertante dieran descanso y aun procuraran olvido al genio desilusionado y entristecido, ha muerto el autor ilustre de *Un drama nuevo*. ¿De qué? ¿A qué edad? Son esos detalles sin importancia al lado de lo demás; y lo demás—doloroso y lamentabilísimo—es que aquella resplandeciente antorcha intelectual no brillará ya nunca.

En el orden social, civil y político, D. Manuel Tamayo y Baus era una "respetabilidad". Director de la Biblioteca Nacional, jefe del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, académico, secretario perpetuo de la Española, manteníase en la línea media a que suelen llegar, no los

Tamayos, sino esta levita solemne o aquel frac aparatoso... Sin necesidad de ser Tamayo, es decir, el primero y más universal poeta dramático de nuestros tiempos, habría podido ocupar las mismas posiciones burocráticas y académicas y llegar a mayores alturas. No son precisamente el genio ni el gran talento los que abren la mayor parte de las puertas; antes suelen ser advertencia para que se echen llaves y funcionen cerrojos... En la vida política, Tamayo no pasó de carlista platónico; y hasta su platonismo político acabó cuando un buen movimiento de Pidal lo puso en compromiso de aceptar un nombramiento de Don Alfonso: la dirección de la Biblioteca.

Cabe, pues, en una tarjeta la biografía de Tamayo como hombre extraño a las letras. Y sin embargo, la vida ciudadana, la vida oscura y pacífica de los Archivos y la Academia parecía satisfacerle en extremo. Aquel buen señor, un poco achaparrado y a la burguesa vestido, con sus gafas montadas en oro, con su especie de media barba mefistofélica, metido con su berlina en la fila de coches de la Castellana o del Retiro, daba idea de un rentista, de un alto funcionario a quien el Estado paga un carruaje-alquilón y pasea una feliz y estéril vejez ante los demás mortales sin sueldo, sin cochero y sin uniforme.

¿Era eso Tamayo?

Relativamente, su personalidad literaria no es de nuestro tiempo. Lo más saliente, lo más "hecho" de su obra es anterior a la Revolución de septiembre. A pesar de ello, nada más sincero ni más firme ni más general que el respeto y la admiración con que el nombre de Tamayo ha sido pronunciado aun después de treinta años de silencio. Y es que Tamayo pertenecía a la raza de poetas creadores. Con ser maestro en el arte y en la habilidad teatrales, con tener muy suelta y acertada la mano para la preparación de efectos y la urdimbre necesaria a todo poema dramático, lo culminante en él es el genio, la facultad de vaciar en molde artístico una cantidad de vida positiva, caliente, palpitante, real. Así en *Un drama nuevo*, en *Virginia*, a pesar de su clasicismo; en *Lo positivo*, a pesar de su trabajo de adaptación; en *Lances de honor*, a pesar de su tesis, lo que se impone, lo que se destaca y conmueve y subyuga es el aliento eternamente humano con que la pasión y el dolor y el vicio y los conflictos entre alma y alma aparecen y batallan.

Ese arte no puede ser nunca transitorio ni circunstancial. Cuando muestra su labor cumplida se hace contemporáneo y coterráneo de todas las épocas y de todos los hombres.

Y en ello, precisamente, ha estado el secreto de que Tamayo, sin escribir ha más de treinta años, haya seguido siendo la primera de nuestras "actualidades" dramáticas, y sea hoy, muerto, no un nombre que se borra, sino una gloria que se engrandece y se afirma.

FERNANFLOR

Los periodistas hemos hecho ayer tarde nuestra entrada en la Academia. Sellés es uno de nuestros grandes periodistas; pero no debió su elección a su primera calidad, sino a sus triunfos de autor dramático. Castelar (Cánovas mismo), Valera, Núñez de Arce, Campoamor, Benot, Pidal, Balaguer, Pérez Galdós, Liniers—casi todos los académicos—, tienen una página en la historia del periodismo: *La Democracia*, *Las Novedades*, *El Contemporáneo*, *El Debate*, *El Reino*, *La Igualdad*, *La Unión Católica*, *La Iberia*, *Las Cortes* y *La Gorda* guardan en sus colecciones las primicias de aquellas altas inteligencias.

En el periodismo amanecieron otros hombres no menos ilustres, consagrados también por la Academia: González Bravo, D. Cándido Nocedal, Ríos Rosas, Cañete... Pero unos por tribunos, otros por críticos, otros por dramaturgos, otros por eruditos, otros por poetas, otros por novelistas; tal por su preponderancia política,

aquél por sus trabajos de filólogo, es lo cierto que hasta el día de hoy la Prensa, lo que se llama la Prensa; el periódico, lo que se llama el periódico; el periodista, lo que se llama el periodista, no han obtenido de la venerable depositaria y depuradora de nuestras letras el "caldarazo" fraternal.

Hasta ahora no habiase presentado nadie en el templo literario diciendo: Señores, no traigo en las manos un libro, ni un folleto, ni una memoria de rebusca, ni un drama, ni una novela, ni una entrega histórica, ni un tomo del *Diario de Sesiones*; cuanto soy, cuanto puedo literariamente representar, pertenece al reino de las rosas, que viven el espacio de una mañana...

No, nadie ha llegado "al seno" de la Academia llevando las manos vacías, y si es caso, llenas solamente del polvo fugaz que dejan en el trajín diario las mil cosas que pasan y las ciento que mueren.

Acaso no era concebible que pretendiera plaza de "inmortal" quien sólo cultiva lo deleznable y pasajero, sin dejar a la espalda sino montón de hojas secas, flores mustias, recuerdos que nadie ha de evocar, semillas cuya fecundidad, así se revele en bosque de árboles, no reconoce ningún botánico.

Acaso parecía temerario que un escritor sin reposo y sin lima, colocado para la producción en verdadero infierno de cajas, máquinas, conversación y reclamaciones; bajo el apremio del correo que se va y del vendedor que espera; sin libros de consulta, dando un adiós definitivo a cada cuartilla que el regente se lleva, interrumpiendo

la oración y la imagen; bajo la fiebre del "día político", en el maremagnum de crisis y catástrofes, entre el ir y venir de hombres y sucesos, aspirara a la compañía de aquellos otros escritores que en la quietud y en la augusta soledad de ellos y sus sombras interrogantes y reflexivas, pueden rendir tributo de respeto a la serenidad horaciana...

Sin embargo, la elección de D. Isidoro Fernández Flórez demuestra que lo temerario y lo inconcebible ha podido ser natural y razonable.

Fernánflor en la Academia no es más que un periodista, el periodista...

Todo él, todo lo mejor de él, todo su espíritu, lo más superior de su espíritu, no están en libro alguno... Para encontrarlo, para apreciar su obra de artista, para gustar de sus sales, para recoger el oro de su estilo, para ver cómo con una pluma de redacción, cómo con la misma pluma que da cuenta del discurso parlamentario, y del cambio de Gabinete, y de las oscilaciones de la Bolsa, y de la boda "efectuada", y del suicidio "que se realizó ayer", puede bordarse y esculpirse, y dar a la imaginación, y a la ternura, y a la generosidad y al ideal sublimar una especie de cable eléctrico, conductor de todas las fuerzas morales y de todas las bellezas de la palabra, hay que revolver montones de papel, aventar muchas capas de polvo, recorrer muchas apretadas columnas de periódico, y luego...

¡Ah! Después, todavía no encontraréis nada; como en el fondo de vieja ánfora, gracias si algo de perfume recuerda el áureo líquido—la oleada de la vida que pasó, muriendo sabe Dios en qué playa.

El momento en que la blanca cuartilla se hincó en carne; el momento en que la idea, apenas pasada como chispa, más que como rayo, por el cerebro, avivóse y lució y acaso fué incendio; la hora de la ira, de la esperanza, de la melancolía, de la rabia o del entusiasmo que se atrapan en letras grandes y nerviosamente jeroglíficas, ¿dónde están? ¿Quién podrá ofrecer con exactitud la fisonomía de lo que fué, animada sobre todo del calor y del soplo misterioso que no reaparecen jamás de la misma manera?

* * *

No es liberalidad la de la Academia. Es justicia. El periodismo no es un género literario; pero el escritor periodista que acierta con la expresión bella, es una cosa aparte; lo es por el medio en que produce y se mueve; lo es porque ni didáctico, ni docente, ni dramático, ni poético, ni tribunicio, ha de alcanzar, sin embargo, para no ser un simple trasegador de prosa, una expresión sensiblemente artística...

Pocos como *Fernanflor* han ennoblecido, gentilizado por modo más fino y constante el habla y la forma periodísticas.

Flexible, sutil, ingenioso, elegante siempre, con delicadezas de temperamento que suponen toda una psicología, la crónica volandera con-

viértese bajo su pluma en una obra literaria redonda, proporcionada y perfecta. La cuartilla sale de su mano realizando el milagro de las mariposas: gusano y crisálida son de pronto alas que vuelan y colores que deslumbran.

Y verdaderamente: género literario o manifestación personal de talento y estilo, una crónica que conmueve, un cuento que hace reír o hace llorar, unas cuantas palabras que, puestas en fila, levantan el corazón de la muchedumbre, bien pueden valer por una disertación documentada sobre la palabra *cacerola*.

ALREDEDOR DE UN LIBRO

Guerra de anexión en Portugal, por el general Suárez Inclán.

En su *Historia de la Casa de Austria* explica el Sr. Cánovas el amor del pueblo a nuestro insignificante teatro por una especie de culto a la muerte. De España mutilada y abatida, en plena e irremisible decadencia después de Rocroi, no quedaba sino aquello que de caballeresco, altivo y generoso archivaban piadosamente nuestros grandes dramáticos; y el viejo soldado, rendida el arma y el brazo sin empleo, refugiábase en el teatro, donde, evocada por el genio y el arte, resparecía por un momento la patria gloriosa sin los harapos sangrientos de que la vistieran los Olivares y los Haro. Entregado hoy el teatro a una musa desconocida en el Olimpo, mitad estúpe complacida en las torturas de un Edipo cosmopolita y neurótico y mitad moza farandulera, cantante y juerguista, que, echando al aire su "bata de percal planchá", resuelve todos los problemas de la vida y del alma, posible es que al recogerlos de una vez, vencidos y desespe-

ranzados, en el hogar sin lumbre y sin alegría, no hallemos otra manera de consolar tanta pena ni de conllevar tanto dolor sino refugiándonos en los libros de historia, graves y austeros testigos de la grandeza desvanecida... Ocurrerá pensar y decir todo eso al doblar la última hoja de una obra dedicada a uno de los más altos sucesos de nuestra vida nacional: la anexión de Portugal a la Corona de Castilla.

El general Suárez Inclán, meritisimo jefe del Cuerpo de Estado Mayor, soldado bizarro en Cuba, hombre de doctrina y de muy persuasiva y escuchada palabra en el Parlamento, como en su cargo de diputado no le hubiera llevado el corto vagar de su profesión ilustre, como si la Escuela de Guerra no hubiese puesto a diaria contribución sus inteligentes energías, como si la campaña de Cuba no le hubiera embargado espíritu y salud, muéstrasen hoy como autor de un estudio histórico, digno rigurosamente (quien lo leyere advertirá pronto estricta justicia en la referencia) de un verdadero artista de la Historia... Para "hacerla" con la conciencia y la erudición y el espíritu crítico y la amenidad y la habilidísima "disposición escénica" que emplea el general Suárez Inclán en las 387 páginas (en 4.º) de su *Guerra de anexión en Portugal*, parece necesario que el escritor viva durante años y años dedicado exclusivamente a la documentación, "al ojeo" de piezas precisas en los archivos, a la reconstitución espiritual y hasta material de todo aquel mundo, al relieve y color de episodios y cuadros, al manejo de hombres y símbolos, al ir y venir de reyes, mag-

nates, capitanes, soldados, conspiradores, muchedumbre.

Sin embargo, el general Suárez Inclán tiene tiempo y lozanía de espíritu para todo: para hablar en las Cortes, para enseñar en la Escuela de Guerra, para batirse con los insurrectos en la manigua, y para hacer admirables *ensayos* históricos, y, en efecto, los dos volúmenes que componen su obra, aparecen con una tan fuerte unidad, con una frescura y facilidad de composición, con una tan insinuante manera y un desempeño tan al hilo, tan al hilo, que acaba uno por decir: "Pues, señor, este hombre parece que no ha dedicado a otra cosa su existencia."

Y es doblemente de admirar el buen suceso de Suárez Inclán en su *Ensayo* presente, por cuanto que aquí, entre nosotros, el procedimiento y la forma artística para escribir de historia, y tan alto colocados por Macaulay, apenas si han tenido mantenedores. Cánovas, en los días de juventud, con el *Estudio sobre la Casa de Austria*; D. Francisco Silvela con su prólogo a las *Cartas de san María de Agreda y de Felipe IV*; Sellés, con su *Política de capa y espada*; D. Luis Fernández Guerra, con la *Vida de Alarcón*; Rodríguez Villa, con *Doña Juana la Loca*, y Menéndez y Pelayo, en biografías sueltas y últimamente en sus comentarios a *Antología* de poetas españoles, son casi los únicos que han intentado "hacer" historia sincera, artística, articulada, viviente—historia sin almidón, sin plancha y sin tenacillas rizadoras—. Los demás, si se han picado de cultos, han entrado campo adelante por el Marco Bruto de Quevedo. Si no han pues-

to tan alta la puntería, han salido del paso reptando de cualquier modo lo que Mariana de Solís, por ejemplo, habían excelentemente dicho. Y si han pretendido de eruditos y rebuscadores han hecho lo que mi respetable amigo el señor Danvila: mandar por carros las cuartillas a la Academia, para que los futuros historiadores no tengan más sino coser y cantar.

El general Suárez Inclán, sin ser académico, ni "temporadista" de Simancas, ni escritor profesional, sin pretensión, en suma, que pueda revelar pruritos de emulación o de reforma, escribe y "compone" como quien ante todo se preocupa de que el personaje y el suceso actúen y se produzcan con su movimiento propio sin necesidad de que el historiador haga de Maese Pedro, ya tirando de las ocultas cuerdas, ya endeerezando razones que suplan el ajeno discurso.

Así en la *Guerra de anexión en Portugal*, lo que pudiéramos llamar el conflicto histórico-dramático, plantéase por la mera, pero fiel exposición de los hechos, y la importancia y valor de cada figura determinanse por sus dichos y por sus actos documentados e indiscutibles y en constante relación con el asunto.

No hay encomio fanfarrón de nuestro poder ni vejamen para la debilidad ajena. El día en que el viejo e irresoluto cardenal Enrique morre, dejando en pie por su medrosa incertidumbre lo que hoy llamaríamos la "cuestión dinástica", España es la primera nación de la tierra

y Felipe II no conoce límites a su voluntad ni a su imperio. "Nuestros soldados pelean en todos los climas y contra toda clase de enemigos; combaten con mayor o menor fortuna, pero siempre con gloria, en las abrasadas costas africanas y en el suelo cenagoso y frío de los Países Bajos; en las florecientes márgenes del Sena y en el tranquilo Golfo de Lepanto; bajo el cielo esplendente de Nápoles y de los Estados de la Iglesia y en las fértiles llanuras que el Po riega majestuoso; en las vertientes abruptas de las Alpujarras y en las risueñas orillas del Tajo". Los capitanes de Castilla se llaman el duque de Alba, Alejandro Farnesio, D. Juan de Austria, Sancho de Avila, Julián Romeo, Cristóbal Mondragón, Carlos Mandfeld, Fadrique de Toledo, Lope de Figueroa, Rodrigo Zapata, Francisco de Bobadilla... Los soldados teníanse por nobles. "Era la Infantería española—decía el señor Cánovas—verdadera escuela del honor; no habiendo tiempo de servicio, constituía la milicia una religión que alcanzaba de igual modo a todas sus jerarquías, desde el lugar más eminente hasta la más ínfima clase". "A menudo ocurría—dice Suárez Inclán—que en sus modestas filas empuñaba una pica, para recobrar su honor, algún maestro de campo a quien la fortuna desairara, y no se consideraba denigrante servir a la patria en el puesto más humilde de los inmortales tercios". Aquella milicia era un pueblo entero, era toda una raza. "Su nombre llenaba el mundo". Y tenía como constante compañera la victoria... ¿Qué podía esperar entonces de todos

sus esfuerzos el tornadizo e inquieto Prior de Crato?

. . .

Entre la batalla de Alcántara y la entrada triunfal en Lisboa median cincuenta y ocho días; y el duque de Alba, con sus setenta y cinco años, y D. Alvaro de Bazán, oponiendo 25 buques a 60 velas francesas, y Sancho de Avila, operando con un puñado de valientes contra Oporto, realizan el gran milagro de nuestra Historia: la restitución de la Península a su unidad y a su destino...

Todo eso que al quedar borrado bajo Felipe IV hace decir, en sus Avisos, a Pellicer "con sangre y no con tinta debiera escribirse la nueva de la rebelión de Portugal", surge y anda en el relato de Suárez Inclán con naturalidad elegantísima... El Prior de Crato va y viene audaz y exasperado por las páginas del libro... Se le ve, se le siente, se le oye y hasta se le adivina. Sus pasos, sus fatigas, sus caídas en la sombra, sus intrigas, sus ansias jamás apagadas dejan en la delgada hoja de papel una huella completamente humana. A la hora de su definitivo derrumbamiento, la compasión cámbiase en simpatía. Su combate con el destino engrandece la melancólica traza del aventurero. El enemigo se llama Felipe II... ¿No es de admirar entonces el esfuerzo y la constancia de un hombre que casi se llamaba *nadie*? Se llamaba nadie e improvisa ejército, levanta ciudades, lleva la protesta a la isla Tercera, pone de su lado a Inglaterra y compromete a Francia. Todo ello frente al co-

loro. Al lado de esta interesante figura "reaviva" Suárez Inclán las de Felipe II y el gran duque de Alba: un duque y un rey desconocidos para la corriente vulgaridad histórica: un duque de Alba a quien el rey llama "espantajo", y que luego de hallarse victorioso en Lisboa comienza a ser blanco de las más odiosas imputaciones, muriendo, en fin, sin una palabra compasiva del Monarca, y un Felipe II que gana por la diplomacia, la suavidad y el amor los corazones malvencidos por la guerra...

Pero esto no es más que un apunte bibliográfico; no es un extracto ni una crítica... Terminemos.

. . .

—Leed esa historia.

Habla de una España grande y respetada en el mundo. No sólo mares lejanos eran de aquella España; también el Tajo era el río de una misma familia... En esa historia no está sólo el pasado; acaso esté contenida una parte del porvenir... Caidos y maltratados por la fortuna, allá a lo lejos todavía hay resplandores de Ideal... Pero no lo nombremos siquiera. Hay que acariciar ese Ideal como se acaricia a un niño que duerme.

SANTIAGO

EL CABALLO MUERTO

Allí en mi pueblo, en un rincón medio morisco de Andalucía, donde entre naranjos y olivos, y zarzamoras y álamos blancos corre el Genil, llevando los últimos suspiros de Granada, entonará esta noche el sencillo coro popular su himno tradicional a Santiago. ¿De dónde viene el himno? Sobre todo, ¿quién lanzó al viento sus gallardas notas musicales? Especie de melopea al principio, vibrante luego, solemne y lleno al final, cuando en el gran silencio de la noche hombres y mujeres elevan sus voces, ya robustas, ya dulces y delicadamente acompasadas, sientese una emoción casi sublime... El coro canta:

Dios te salve,
capitán valiente,
de cielos y tierra
rey universal,
que en sacando
tu alfanje dorado
a todo el infierno
hiciste temblar...

El último verso es repetido una, dos, tres veces, y toda la estrofa es entonada de nuevo, pero ya con notas altas, majestuosas, valentísimas, que van a confundirse, en la tranquilidad de la noche, con los vagos rumores del río...

Para quien escucha, no sólo sintiendo, sino "pensando", toda la Historia de España pasa entre las notas del himno: días de valor y de grandeza, la reconquista, la leyenda de nuestras luchas con el moro, el califato que se derrumba, Boabdil que llora, el orgullo y el esfuerzo castellano que llevan por el mundo entero la cruz de Cristo en el puño de la victoriosa espada...

Dios te salve,
capitán valiente...

Y mientras las voces populares evocan al apóstol sobre su blanco caballo piafando entre nubes, surge la España de otros días, con su armadura inviolable, su corona cobijadora de dos mundos, con sus proezas frente a Africa, con sus carabelas despertadoras del gran misterio de América...

Por toda la tierra española ese himno fué, sin duda, el canto de batalla y de triunfo. El caballo de Santiago aparecía en todos los espacios del cielo que sonríe a nuestra Península. Era que la gloria iba y venía por dondequiera que alentaba el alma española.

... Una noche, una noche de Santiago, acordándome yo de mi pueblo, comencé a tararear el himno. Rafael Comenge, que estaba a mi lado, siguió cantándolo también, pero con letra valenciana.

— ¡Cómo! ¿En su pueblo de usted también captan eso?

— Dígalo usted—me contestó.

Y él en su dialecto y yo en castellano continuamos cantando estrofa por estrofa. El alfange dorado del Capitán valiente había resplandecido lo mismo al sol de Levante que al del Mediodía.

Hoy...

...

Esta noche, en mi pueblo, el coro entusiasta de mozos y de mozas confundirá sus voces estremecidas con los rumores del Genil, que lleva los últimos suspiros de la Granada morisca...

Y el único que "estará en su papel" será el río.

Porque el blanco caballo de la gran leyenda nacional ha muerto en la corrida de ayer tarde.

EL CABO RUIZ

Para el Sr. Martínez Alguacil.
(*Diario de Córdoba.*)

Periodista cordobés usted, periodista cordobés yo, dueños de nuestras plumas y con voz escuchada—la de usted, en Córdoba, por sus méritos y por la autoridad de su *Diario*; la mía, en Madrid y en España, por el sólo influjo de este *Heraldo* popular—, debemos ayudar al enaltecimiento de otro cordobés como nosotros, más modesto que nosotros, soldado humilde hasta ayer, héroe desde hoy con franca entrada en la leyenda.

¿Lo sabe usted? ¿Se lo ha dicho el telégrafo? Seguramente. Ni usted ni la gente cordobesa ignoran ya que el *Cabo de Bolinao* es un hijo de Córdoba.

Pocas satisfacciones tan grandes para mí como ésta. *El Nacional*, echando a broma la existencia del cabo y de sus míticas proezas, rió hasta desquijarse, adjudicándole la hazaña al cabo geográfico de Bolinao y echándome a mí, no

el muerto, sino el "infundio".—"Julio Burell —escribía *El Nacional*—se entusiasmó con el *Cabo de Bolinao*, diciendo que en ese humilde soldado resucitaban las glorias españolas."—Por donde yo vine a dar en el compromiso de seguir atento las referencias del cable, lentas y pausadas como la consabida "desaparición de la media luna de la culta Europa", que dijo un sabio del antiguo régimen.

Trabajo ha costado, en verdad, sacar a luz brillante el nombre de JOSE RUIZ GOMEZ; pero gracias sean dadas a *El Imparcial*, ya está "ultimado el expediente". Córdoba puede enorgullecerse de su héroe. Y yo, cordobés, me he explicado esta mañana el gran poder de lo inconsciente, recordando toda la tenacidad y toda la constancia que he puesto día tras día en darle vueltas y más vueltas a ese cabo tan difícil de atar. ¿Obedecerían tenacidad y constancia a un misterioso influjo de la tierra?...

No sé; pero ya que la Prensa de Madrid ha hecho cuanto tenía que hacer a propósito del bizarro cordobés defensor de Bolinao, ¿no cree usted que el *Diario de Córdoba*, con su respetabilidad profesional y su acción poderosa en nuestra provincia, podría y debería completar la obra?

La Diputación, el Ayuntamiento, las personalidades principales de la política y la aristocracia, la Prensa, con el viejo e ilustre *Diario* al frente, parecenme llamados a honrar en el cabo Ruiz la sangre y el valor cordobeses.

¿Cómo? ¿De qué manera? Prefiero, a decirlo

yo, el que ustedes dejen hablar al vehemente corazón y den rienda de oro a la nativa espléndida fantasía...

Sea de ustedes el rasgo artístico, y continúe yo con la crónica.

UN NUEVO ALCALDE DE MÓSTOLES

El *tío Juan*... No tiene otro nombre.

—Adónde vas?—pregunta una muchacha a otra al encontrarse en la calle.

—A la tienda del *tío Juan*... Voy por una vara de percal, por dos cuartos de hilo, por un puñado de especias ...

En todo el pueblo, decir el *tío Juan* es decir algo que suena a *Bon Marché*, a *Louvre*, a movimiento comercial inusitado... En aquella tienda obscura, con más trazas que de tienda o hazar, de misero zaquizami, el *tío Juan*, avellado, hurraño a veces, zumbón otras, gran filósofo desengañado de todas las grandezas, compra y vende artículos de varia y universal necesidad. Un cuarto de aceitunas... Dos de alhucema... Medio cuartillo de vinagre... Un jarro de vino... Una panilla de aceite... Tela para un dental... Un pañuelo de ramos para la cabeza... Un sombrero para mi niño... Tres varas de madapolán francés... Media de percalina... Un carrete de seda... Media docena de botones... Una libra de bacalao... Dos onzas de queso... Una cinta de terciopelo... Un cuarterón de azúcar...

Con esta canción van pasando por la tienda del *tío Juan* viejos y jóvenes, los trabajadores que se dirigen al campo, los muchachos que salen de la escuela, casi todo el pueblo. Y el *tío Juan*, impassible, diciendo un dicharacho a las mocitas, tal cual verdura a sus contemporáneos para evitar el regateo, colmando la medida de las golosinas a los chicos y abreviándola con justicia distributiva en las compras de los mayores, apenas si tiene tiempo que dedicar a la lectura del periódico de Madrid, cuya suscripción sostiene con ayuda de otros vecinos de su calle.

Cuando el trajín cede, a eso de mediodía, luego de saboreado el puchero y de bien remojado el gazzate con un trago de vino blanco de Lucena, el *tío Juan* se sienta a la puerta de su tenducho, pica de un puro de "a cuarto" lo necesario para una larga cigarrada, enciende el tagarote en la yesca, trabajosamente inflamada por las chispas del pedernal, y lanzando al viento amplia bocanada de humo quita con cierto esmero la faja del periódico que espera el desenlace de operaciones tan complicadas en difícil equilibrio sobre el muslo derecho de su dueño. Este, en calidad de hombre precavido que defiende el justo empleo de su dinero, lee el papel madrileño de cabo a rabo... Hasta que llega al pie de imprenta no queda satisfecho. Con frecuencia, durante la lectura, mueve la cabeza con aire de indignación. Sus muchos años y las cosas que ha visto en tanto y tan revuelto tiempo han infiltrado en su espíritu algo de la desoladora filosofía del boticario de Carmona, pero aplicada a la política. No cree en los monárqui-

cos, ni en los republicanos, ni en los socialistas, ni en nadie.

El sabe únicamente que de año en año las contribuciones aumentan; que tuvo un hijo, y en la época de la Monarquía le costó librarle de la quinta seis mil reales, y en la época de la República se lo hicieron soldado y se lo mataron en el Norte; recuerda que jamás ha podido votar a su gusto; por votar una vez le echaron mil pesetas de consumos; por dejar de votar en otras elecciones, temeroso de crearse nuevas enemistades, le doblaron la cuota y le "embargaron hasta el pelo". El socialismo y el anarquismo le producen más pena que desdén. "Todo eso parará en lo de siempre: unos cuantos infelices fusilados y unos cuantos tunantes convertidos en personajes". En el fondo de tanto y tan grosero pesimismo vive y alienta un sentimiento puro, nobilísimo, con fuerza poderosa e inmutable. El *tío Juan* cree sobre todas las cosas en España; ama a España sobre todo, y en sus ratos de orador zafio y descosido no deja de hallar entre terribles interjecciones palabras de alto relieve moral, frases llenas de amor y de esperanza acerca de la patria.

¡La patria! El *tío Juan* desconoce, naturalmente, el simbolismo de la heráldica y cree a pies juntillos en la existencia del león, con sus fieros rugidos, sus tremendas garras y su melena soberana agitada por la cólera. La patria para él sigue siendo el león indomable que algún día "meterá a todo el mundo en cintura con sólo menear la cola". La bandera nacional, con sus vivos colores, conmueve también hondamente su

alma de español duro y castizo. Cuando en el balcón de la Casa Consistorial aparece en los días solemnes, flotando al viento, la bandera, el *tío Juan*, desde la puerta de su tienda, sigue largo rato con la vista, como un amante celoso, los movimientos inconstantes de aquel pingajo sagrado. A Prim, en los Castillejos; a O'Donnell, en Tetuán; a Castaños, en Bailén, se los representa siempre en medio de moros o de franceses, sin espadas, sin escudos, casi sin soldados, venciendo de los más formidables enemigos sólo por tremolar en la segura mano aquel pedazo de tela amarilla y roja que en el balcón del Ayuntamiento parece decir a los cielos, a los hombres, a los vientos y hasta a los pájaros: “¡Eh, caballeros! ¡Viva España!”

En punto a Historia universal, el *tío Juan* tiene bien simplificados sus conocimientos. Desde Adán y Eva salta a los moros y los franceses, y nadie hay que lo saque de esta clasificación. Todo lo anterior a *Pepe Botellas*, es decir, todas las desdichas y todos los desastres anteriores a nuestras guerras con Bonaparte son indefectiblemente del tiempo de los moros. Desde 1808, todo cuanto de mal puede ocurrirnos obra es de los franceses. Los sucesos de las Carolinas perturbaron un poco sus nociones de Historia. Resultaba que también había por esos mundos más gente que la francesa a quien echar nuestro fiero y noble león... El sentimiento español del *tío Juan* no se quedó corto.

El día de la manifestación popular su garganta y sus pulmones funcionaron con brío y sin cansancio. ¿Había que gritar: “mueran los ale-

manes?” Pues “¡mueran los alemanes!” Gritó él hasta enronquecerse. “¡Vivan las Carolinas! ¡Abajo Alemania! ¡Muera Bismarck!” Todos los gritos del ritual patriótico en aquellos días los repitió con furioso entusiasmo. Pero al llegar la manifestación al Ayuntamiento, al ver ondear la bandera, el *tío Juan* volvió inconscientemente a su antigua clasificación de los pueblos, y con toda su alma, mientras unos exclamaban: “¡Abajo Alemania!”, él gritaba como si acabara de descubrir al verdadero enemigo: “¡Mueran los franceses!”

La gente más culta del pueblo, que presenciaba el popular desfile desde el balcón consistorial, rió a carcajadas la ocurrencia del pobre hombre; pero él se alejó orgulloso con su grito... ¡Los alemanes! ¡Los alemanes! No acababa eso de sonarle. No; no eran esos los que habían estado en Zaragoza, y en Gerona, y en Madrid, y en Andalucía, y en todas partes. En los aljibes del pueblo aún debían encontrarse huesos de franceses... Se lo había oído contar a su padre... El *Dor de Mayo*, *Bailén*, todo lo que él había leído de horror en los viejos romances no le decía nada de alemanes, ni de Bismarck, ni de Guillermo... Decididamente el *tío Juan* volvió a sus antiguos odios... “¿Quién sabe—pensó—si en todo esto no habrá una jugarrera de los franceses?”

Meses ha que no veo al viejo y extravagante patriota. La última vez que nos vimos le dejé con su eterna manía:

—Todo eso que hacéis en Madrid es pura conversación, cháchara pura... Todos sois unos; los malos los que suben como los que bajan... Los de aquí se entienden con vosotros para daros los votos, y los de allí dejáis, en cambio, a los de aquí en libertad para que nos saquen el redón... Tú te ries, pero yo, que no soy ni concejal, ni alcalde, ni diputado, ni empleado; yo, que no soy más que español, español neto, español a macha martillo, te digo que esto está perdido y que aquí se necesita mucho patriotismo, mucho palo y mucha guerra...

—¿Una guerra, tío Juan? ¿Y contra quién?

—Contra los moros, contra los franceses... Yo leo periódicos y sé que si no vamos a Marruecos, que es como cosa nuestra, la mayor culpa es de Francia. Pregunté también a los muchachos del pueblo, que van a recoger esparto a Orán, si aquello es tierra distinta de la de España, si no es una picardía que aquello lo tengan los franceses... Ahora ya ves lo que comienzan a decir los papeles. En Francia se preparan a que no pasen por la raya ni los pájaros de nuestra tierra. Tendremos que bebernos aquí el vino; y, en cambio, ellos han afrancesado a España entera durante años y años... No se te olvide: el día que en Madrid se decida que vayamos contra los moros y contra los franceses, verás si vienes por aquí; verás entonces al tío Juan cerrar su tienda, o quemarla, o regalarla, o tirarla en medio del arroyo y salir en fila con los quintos dispuesto a matar más moros que el cabo Mur y más franceses que el general Castaños.

La promesa del tío Juan se ha cumplido en

parte, en una mínima parte; pero, en fin, se ha cumplido.

Un amigo mio recién llegado del pueblo acaba de relatarme el lance. El terrible patriota ha hecho "una de las suyas". Lo que aquí llamamos brevemente *cuestión de los vinos* ha sido la gota de agua que ha desbordado el vaso de sus odios. En estos últimos días no ha leído éste solamente "su periódico"; ha pedido prestados casi todos los que se reciben en el pueblo. Viéndole rodeado de papeles a la puerta de la tienducha, los muchachos de la escuela le decían al pasar, en tono de zumba:

—Tío Juan, ¿quiere usted hacernos una cometa?

Y el tío Juan, lleno de ira, exclamaba:

—Y esos son los españoles de mañana! ¡Vosotros y vuestros padres mereciais que volviera Pepe Botella!

La vasta y complicada lectura a que se entregara últimamente el irascible comerciante, acabó por excitar la curiosidad de toda la gente.

—Tío Juan —dijéronle, al fin, algunos vecinos—, ¿qué demonios busca usted todos los días leyendo siete u ocho papeles?

—La honra de España, que se ha perdido—exclamó el tío Juan, con el orgullo que pudiera sentir Bonaparte al divisar las Pirámides.

—¿La honra de España?

—Sí; los franceses acaban de cerrarnos las puertas y de darnos de puntapiés; nuestros vinos son tratados como si fueran venenos, y el león español, como un faldero ridículo... ¿No

hay aquí nadie que haga otra sonada como aquel alcalde de Móstoles del tiempo de mi abuelo? Pues yo solo la haré si los demás no tienen patriotismo ni vergüenza.

¿Qué cosa sonada podrá hacer el *tío Juan*? Sin duda alguna extravagancia, algún cómico desatino.

Al día siguiente, que era de fiesta, de sol y de alegría, el *tío Juan* apareció en la plaza llevando un cesto cargado de retazos de varias telas, madapolanes, percales, pedazos de cinta, baratijas sin valor. Con todo ello formó un montón modesto, al que aplicó valerosamente una cerilla... La gente que llenaba la plaza comenzó a gritarle:

—¿Qué hace usted, *tío Juan*? ¿Qué barbaridad es esa? ¿Quemar así lo menos cincuenta duros! Por fuerza usted se ha vuelto loco. No tiene duda...

Cuando los abigarrados materiales de la improvisada pira arrojaban ya humo y llamas, el *tío Juan* volvióse a la multitud, exclamando:

—Eso que veis ahí es que el *tío Juan* quema lo único que tenía de Francia; eso que veis ahí quiere decir que el *tío Juan* no volverá a comprar nada de los franceses, que les declara la guerra, que...

En aquel momento la banda municipal cortó la palabra del patriota, y mientras unos reían y otros bailaban y las campanas lanzadas a vuelo aturdián los aires, sólo parecía entender al *tío Juan*, que la miraba enternecido y orgulloso, la vieja bandera llena de sol, moviéndose gentil-

mente allá en lo alto, como si quisiera decir a los cielos, a los hombres, a los vientos y hasta a los pájaros:

—¡Eh! ¡Caballeros! ¡Viva España! ¡Y viva el *tío Juan*!

LAS ALAS NEGRAS

¿Quién se ha imaginado jamás la dictadura cobijada por un gorro de dormir? ¿Quién ha esbozado nunca la figura del dictador en la traza de desgarbo y pesadumbre con que suelen representar al *Tiempo* los editores de almanques? Un dictador no puede ofrecerse como un simple violador de la conciencia pública: debe ser el voto vivo de la confianza nacional. No se concibe amparado del poder al hombre que abrevia el mapa de un pueblo. Un César que ensancha el mundo romano, un Napoleón que lanza sus águilas a todos los vientos, pueden hacerse perdonar el pecado de su soberbia.

La moneda con que pagan el lujo de su orgullo es oro para los pueblos dominados. Pero la dictadura que viene como consecuencia de la catástrofe, no para repararla, sino para hacerla más duradera, ¿en qué página de la Historia puede estar, como no sea en la de los últimos días de los Morny y los Rouher?

El Sr. Sagasta no quiere oír la voz del Parlamento; el Sr. Sagasta no quiere saber lo que la Prensa opina sobre la paz ni sobre la guerra;

el Sr. Sagasta, el hombre a quien en el día de las Carolinas le parecían pocos todos los balcones de Madrid para ponerse al habla con el alma popular, tapónase los oídos para que ni el más leve rumor le moleste y pone hierro en todas las bocas para que nadie incurra en la funesta manía de hablar; el Sr. Sagasta, que tanto enalteciera al Sr. Castelar por haber convocado a los hombres más ilustres de la política en los días tremendos del *Virginus*, se considera bastante bien inspirado, bastante fuerte, bastante lúcido, bastante poderoso para seguir dirigiendo por su sola mano esta espantosa máquina de la guerra internacional... Desastres navales, capitulaciones, amenazas de todo género, riesgos de Filipinas, de Puerto Rico y aun del litoral de la Península, déjalo en perfecta ecuanimidad de espíritu.

Con un cambio matinal de palabras con el duque de Almodóvar tiene suficiente. Con saludar al Sr. Gamazo por la tarde, no necesita de mayores esclarecimientos.

¿Qué le importa toda la inmensa masa de opinión que atrás queda desdeñada e inactiva?

Si Luis XIV era el Estado, el Sr. Sagasta es toda la patria española.

Y he ahí por donde la corona del Rey Sol y el morrión del Sr. Sagasta se confunden en la plenitud de la Historia.

—¡Solo!—exclama el Sr. Sagasta—. ¡Solo!—dice arrogantemente, como el héroe de Ibsen.

¡Solo! Pero, ¿no estaba solo también cuando se concertaba con el Sr. Giberga para que la autonomía fuese la paz? ¿No estaba igualmente

solo cuando negociaba con Woodford y creía en la amistad de los Estados Unidos?

¿No estaba solo cuando disponía lo que había de hacerse en Filipinas, en Cuba y en Puerto Rico frente a los riesgos posibles de la guerra? ¿No estaba solo cuando la escuadra de Cervera salía de Cabo Verde y la de Montojo sucumbía en Cavite?

Mayor soledad quiere todavía el presidente del Consejo—la inmensa soledad de un Valenzuela, la espantosa soledad de un Godoy...

Y a título de esa soledad reclama y ejerce la dictadura.

¡Y qué dictadura! Desangrados, empobrecidos, destrozada nuestra marina, en bancarota todas las fuerzas sociales, ¿qué nos promete el Sr. Sagasta dictador?

Hemos ido al más horrible de los desastres cuando todavía éramos un pueblo. ¿Qué ha de reservarnos el porvenir en la profundidad de nuestra caída y sin otra mano salvadora que aquella por cuya flaqueza hemos rodado de precipicio en precipicio?

* * *

Posible es que necesitemos la dictadura; pero como recogimiento y reposo para rehacer nuestra vida.

Posible es que esa pérdida de libertad y de movimiento sea compensada por una labor nueva y fecunda. Del fondo de la oscura mina salen carbón y hierro, es decir, calor y fuerza.

Posible es que el dolor nos redima, porque el

dolor es yunque y martillo, piedra y cincel, caos y centella... Pero lo único cierto es que, a la hora de la muerte, el cuervo no es más que cuervo, y en la negrura de sus alas no hay que buscar la esperanza prometida.

COSAS PASADAS

SAGASTA, PERIODISTA

—Eso no puede ser— exclamó indignado el Sr. Sagasta—. ¡Eso es un escándalo!

—Pues nada, como usted lo oye—repuse yo—. Los ejemplares del periódico son secuestrados a la puerta de la Redacción. Para poder dar número al público, ¡mire usted!, hemos tenido que dejar en blanco varias columnas...

Y el Sr. Sagasta, fijándose en el ejemplar de *El Progreso* que yo le tendía, siguió exclamando:

—¡Qué atrocidad! Hemos vuelto a los tiempos de Narváez... Esto no puede ser; esto es una provocación intolerable... Mañana hará Venancio González una pregunta o una interpelación. Y si es necesario, hablaré yo, para que me oigan hasta los sordos.

El diálogo sirvió de punto de partida a una interesante y pintoresca conferencia del Sr. Sagasta sobre el periodismo de su tiempo.

—¡Qué atropellos los de entonces! ¡Y quiere Cánovas volver a ellos! A mí me costó unas cuarenta denuncias llamar en *La Iberia* al marqués

del Duero el *Rey de las Afueras*. Por supuesto, no careció de gracia aquella lucha entre el capitán general y yo.

—Pero lo del *Rey de las Afueras*...

—Verá usted... Era una tontería; pero una tontería que sacaba de sus casillas al general Concha... Un día ocurriósele revistar las fuerzas de la guarnición más allá de la Puerta de Alcalá. A su llegada, y aun estando en Madrid la Corte, recibieron las músicas con *Marcha real* a don Manuel (como entonces le llamaban). Yo le dije a Carlos Rubio que escribiese algo sobre el caso; Rubio escribió un artículo titulado *El Rey de las Afueras*... ¡Allí del general Concha! Multa tremenda y supresión del artículo; pero en el número inmediato volvimos a emplear de este modo la frase vitanda: "Ayer fuimos denunciados y multados por haber llamado al capitán general el *Rey de las Afueras*..." Y otra multa y suspensión del suelto; pero no desmayamos, volviendo a la carga de esta manera: "Ayer dijimos que habíamos sido multados y denunciados por un artículo en que llamábamos el *Rey de las Afueras* al general Concha." Total: el cuento que llaman los sevillanos de la buena pipa; el marqués del Duero, multa que te multa, y yo, erre que erre con lo del *Rey de las Afueras*. Así nos pasamos días y días, lloviendo el dinero de todas partes para que *La Iberia* pudiese seguir exasperando al capitán general de Castilla la Nueva...

Sí; era terrible aquel régimen—añadió el señor Sagasta—; pero yo, aunque realmente no

era periodista, servía para mantener vivo el fuego en la Redacción y en el público...

—¿Usted no era periodista, don Práxedes?

—No; mi entrada en *La Iberia* y el hacerme cargo de su dirección fueron cosas en que no pude pensar nunca. Pertenecía yo como diputado a la minoría progresista; naturalmente, tenía lazos de amistad con Calvo Asensio... Cuando éste convirtió una revista profesional, órgano de los farmacéuticos españoles, en periódico político, yo comencé a visitar la Redacción; pero como tantos hombres políticos que van a las "últimas horas" de las Redacciones. Murió Calvo Asensio, y su viuda me dijo: "¿Qué hago yo, Sagasta, con este periódico? *La Iberia* es una verdadera empresa; pero, ¿a quién la confío? ¿No querría usted?... —No soy periodista, señora; acaso podría ayudarla en los asuntos de administración; pero en lo demás..." Pasaron los días; examiné el periódico por dentro; estudié los elementos de Redacción: había allí una cabeza, que era Carlos Rubio, y a su lado otros jóvenes de mérito... "¿Le parece a usted, le dije a Abascal, que nos quedemos con *La Iberia*? Abascal contestó afirmativamente, y con unos miles de pesetas que me produjo la venta de unas viñas, herencia de mi madre, en Torrecilla de Cameros, y con otra cantidad igual aportada por Abascal al negocio, cargué con *La Iberia* y con su dirección y entré más resueltamente de lo que nunca imaginara en la conspiración y en la política... La Redacción de *La Iberia* fué el centro de toda la vida revolucio-

naría. Allí se organizaba todo. Allí se escribía y se forjaba el rayo...

(Puede ser que este rasgo retórico se lo esté yo prestando gratuitamente al Sr. Sagasta.)

—Y como periódico, ¿fué de resultados para usted y para Abascal?

—Asombroso. Al año de haberlo adquirido teníamos integras uno y otro en nuestros bolsillos las cantidades desembolsadas... Diez y ocho mil duros...

—Pero, ¿y las multas?

—Las multas, que, en efecto, subían a miles de duros, se pagaban, sobrando dinero, con suscripciones espontáneas del partido... Cuando triunfó la Revolución, las Cortes Constituyentes decretaron la devolución de aquellas multas, y así, con mis ahorros de periodista, pude, andando el tiempo, hacerme una casita en Chamberí, donde suelo merendar los domingos...

La conferencia recayó sobre Carlos Rubio. Sí; había sido el cerebro de *La Iberia*; era un escritor extraordinario; Prim lo quería entrañablemente y le daba a redactar sus proclamas y manifiestos; Sagasta también le quería y admiraba; pero era un hombre imposible; no se lavaba jamás; era un puro roto y un solemnísimo descosido.

—¿Y no hubo manera de que aquel hombre fuera algo luego de hecha la Revolución?

—Le digo a usted que era imposible...

—Madrid le hizo un recibimiento tan entusiasta como el de Prim... ¿Cómo no fué ministro, ni subsecretario, ni director, ni diputado, cuando tantos otros?...

—Ya se lo he dicho a usted: fué la pluma de la Revolución; pero, como hombre, ¿dónde se le iba a poner con aquella traza de impenitente bohemio?

Y no recuerdo más de aquella conversación, que tiene trece años de fecha.

Sin embargo, la última palabra de ella débolla, al cabo de tantos años, a mi ilustre amigo el duque de Tetuán.

No ha muchas tardes, y sin saber por qué, hablábase en una tertulia política de aquel pobre Carlos Rubio, compañero en fatigas y no en glorias del Sr. Sagasta.

—Murió en la miseria más terrible —dijo el duque de Tetuán—. Allá, en un mal cuarto del hotel Peninsular, cuando hasta los más oscuros revolucionarios estaban encumbrados, Carlos Rubio agonizaba, sin que le quedara otra compasión ni otra ayuda que la del dueño del hotel. Llegó un momento en que el dueño se cansó y dió un plazo perentorio... Entonces pude conocer la noticia de tal drama y me atreví a hablar de ello al Rey Don Amadeo... Yo era mayordomo mayor de Palacio... “Sí, sí—me dijo al punto el Rey—; envíe usted el dinero que sea preciso a ese hombre tan desgraciado...” Y aun conservo—añadió el duque de Tetuán—la carta en que Carlos Rubio me daba las gracias... Era una amarga carta... A las pocas horas de escribirla, moría.



SAGASTA, LATENTE

Por esta vez no se cumplieron las profecías. El espíritu obstruccionista declaróse patrióticamente en huelga. Las minorías, venidas a mejor acuerdo, defendieron ayer, en términos mesurados y de prudencia, su derecho parlamentario a la crítica y a la observación: una y otra fueron dirigidas con amplitud, pero sin escándalo, a dos importantes proyectos del Gobierno. No; no pasaron las cosas de tal punto, y luego de brillante votación nominal, en que mostrárase constante e inquebrantable, una vez más, el espíritu de la mayoría, quedaron validados definitivamente por el Congreso los contratos de la Tabacalera y Almadén.

Debe, pues, el Gobierno sentirse satisfecho. No menos debemos estarlo sus amigos y colaboradores, y digamos toda la verdad. El triunfo de ayer no es sólo circunstancial y circunscripto a la política conservadora. En primer término, ese triunfo es una respuesta nacional a los pesimismoes de fuera y a las alegrías de la manigua; el Parlamento español discute y fiscaliza,

mas sin negar recursos ni medios a la causa de España.

En segundo término, en la jornada de ayer quedó intacta la unidad del partido liberal, fuerza de grandísima consideración en la Monarquía. El Sr. Gamazo venciósse a mejor consejo, y apareció en alto, acatada, si no amada, sufrida, pero en evidente respeto, la jefatura del Sr. Sagasta.

Hay, por tanto, en ese día parlamentario materia abundante a las más sinceras albricias.

Debe recibirlas la nación, cuya vida no se interrumpe por un obstruccionismo sistemático, que ya el Sr. Sagasta comenzaba a tachar de criminal. Y también el partido conservador, por razones de inmediato patriotismo (obtención de recursos y extensión de nuestro crédito) y por motivos de muy alta y muy transcendental política. En efecto, si la unidad del partido liberal hubiese desaparecido, la obra de reparaciones nacionales inaugurada por el Sr. Cánovas al día siguiente de la Restauración y ratificada en el primero de la Regencia, veríase violentamente interrumpida y negada bien a deshora.

Séanos permitido el declarar cómo en ese último extremo no hemos sido nosotros del número, acaso crecido, de los profetas tristes.

Nunca creimos que el partido liberal acabara por perder el sentido de su derecho a la vida constitucional, o si se quiere más llanamente, el instinto de conservación.

El enérgico y expresivo lenguaje empleado últimamente por el Sr. Sagasta daba a entender la seguridad de ser obedecido y de hallar, si no en el afecto espontáneo, en el “sano temor de la realidad”, una fuerza para su respeto. Viejo por los años, más viejo aún por la experiencia, si el Sr. Sagasta ha sido un mal elector de hombres, es, en cambio, un gran conocedor de ellos. Cierto que no escapará él, ni aun en sus momentos de mejor “presentada” *insouciance* (y de más natural y cándida *bonhomie*, a una mirada escarpeladora de Montero ni al hondo buceo de Gamazo. Harto sabe que en el mundo que le rodea sólo el Sr. Moret, como David, es capaz de que los lamentos de Job sean canciones en su arpa. Pero, ¿no está el Sr. Sagasta familiarizado con la lectura de aquellas dos conciencias? ¿En qué repliegue de ellas no habrá entrado, ya en días de odios revolucionarios, ya en periodos de vengativas conjuras? Sin que Röntgen le haya prestado su linterna, puede decirse que el Sr. Sagasta anda por el alma del Sr. Montero Rios y del Sr. Gamazo como por las calles de Avila.

No ha tenido nunca en ellos disidentes o émulos tempestuosos y altaneros, no; ni uno ni otro son de la “ronca familia de las borrascas que pronuncian con los acentos de las olas las razones”; pertenecen a la casta política de aquellos conspiradores romanos que, “para hacer aborrecible a César, le añadieron corona, dignidad y poder, y para matarle le prendieron con la adoración, le cercaron con las reverencias y le cegaron con los besos”.

El Sr. Sagasta ha sentido más de una vez cerca de su cuerpo la mano de Tulio Cimbri, pronta a desgarrarle la toga. Y si realmente nunca sería aplicable el ejemplo de Casca en un símil sincero, todavía es para recordado aquel cuchillo de Lincoln, que un día el Sr. Gamazo descolgara de su panoplia...

Sí; el Sr. Sagasta conoce a sus amigos. Más de una vez los han sorprendido sentados a la puerta de sus respectivas casas, en espera de ver cumplido el más musulmán de los adagios. Pero el Sr. Sagasta, ayudado de su memoria y fortalecido por la realidad viva y auto-palpable, sabe igualmente, para su bien, que al adagio le falta un cadáver complaciente, y que, en último resultado, ni el cuchillo de Lincoln mata, ni el rencor de Tulio Cimbri produce otro mal que la leve rasgadura de la toga, no bien rasgada, cuando zurcida con primores de hada por la propia mano ofensora. Veinte años lleva a la puerta el señor Montero; ocho o nueve el Sr. Gamazo... ¿Qué nuevo temor podrían infundir al Sr. Sagasta, que el Sr. Sagasta no esté ya habituado a desdeñar como quimera?

La ley de Auxilios a los ferrocarriles, la presidencia de un Consejo de Administración sirven hoy de piedras de escándalo a esos amigos pudorosos. Y el Sr. Sagasta se encoge de hombros y pronuncia palabras de paz y de patriotismo; su espíritu asegúrase, considerando que quien no lo difamara con cierto discurso de 1882

y quien no lo ejecutara políticamente en 1889, echándole encima una formidable conjuración de grupos y primates, no han de hallar hoy en una cuestión de crédito nacional, bien clara, bien pública y bien definida, equívocos para un desprestigio nuevo, ni tijera bastante fuerte para lo que un escritor gótico-severo ha llamado la decalvación sagastina.

El Sr. Sagasta recuerda más: no lo llevaron a Pampliega ni D. Manuel Ruiz Zorrilla, ni Rivero, ni Martos, ni el duque de la Torre, ni Ulloa, ni Posada, ni Moret, ni López Domínguez, ni Navarro Rodrigo, ni Alonso Martínez, ni Casola; no desmedraron su típica abundancia capilar ni el radicalismo, ni el centralismo, ni el izquierdismo, ni el cassolismo, que, juntos o separados, habrían acabado hasta con la melena de Sansón; ¿y lograrían ahora el Sr. Gamazo y el Sr. Montero rapar de mala manera una cabeza que, coronada de nobles canas, piensa ya con la elevación de un espíritu que por no temer y por no desear cosa alguna, como no sea el amor de Dios y de la patria, puede y debe ser para todos respetada y venerable?

Un semanario ilustrado—el *Nuevo Mundo*—publica muy curioso dibujo, representando al Sr. Sagasta en familia en un momento de su vida veraniega.

Aparece el jefe de los liberales al aire libre, sobre rústico banco. Holgada y democrática chaqueta, ancho y popular sombrero constitu-

yen la externa indumentaria. Es un Sagasta burgués, un Pangloss con años que, por desafección hacia el movimiento, no cuida siquiera de su jardín. Sin embargo, aquel reposo casi absoluto, aquel aparente y feliz olvido de todo y de todos, ¿son completamente reales? ¿Es Espartero, en Logroño, echando granos de trigo a las gallinas? ¿Es Ruiz Zorrilla, en Burgos, acabando en el silencio de la ciudad muerta treinta años de tempestad? No. Ese Sagasta burgués y casi campesino; ese Sagasta que, sentado en el rústico banco, parece un hombre “que no volverá jamás”, no es sino un convencido de su fuerza...

Mientras el partido conservador es necesario en el Gobierno, el Sr. Sagasta se sesteá, lee cartas y periódicos, vaga como una sombra en Avila, o es un penitente a quien confiesa Tesifonte y echa Martínez de Soto la bendición... Pero cuando el partido conservador desaparezca, ¿quién será el llamado? ¿Será Montero Ríos? ¿Será Gamazo? Pensando en este trance final, el “hombre del dibujo” se ríe por dentro, que es como suelen reír los verdaderos filósofos de la risa.

Se ríe por dentro, y mientras más ríe, más se hace el indiferente, más se muestra el burgués y el “pobre hombre”, vistiendo la democrática chaqueta y calado el ancho sombrero popular...

El personaje del dibujo lee en el porvenir:

—Cuando “aquello” llegue, ya no me llamarán con sorna presidente del Consejo ferrocarrilero; me nombrarán con muchísimo respeto “el señor presidente del Consejo de ministros, y entonces, ¡ah!, entonces el Sr. Gamazo y el señor Montero Ríos, declarando insustituible e in-

discutible mi jefatura, se acordarán de que los amigos necesitan carteras, Direcciones, Subsecretarías, Gobiernos, actas, títulos y cruces, y teniendo presente que todo eso dependerá de mi mano, el uno me dirá con ansia: “¡Castilla, Santander, Baleares!...”, y el otro me suspirará amoroso al oído: “¡Galicia para mí, y una mitra para Vincenti!”

Y el Sr. Sagasta, siempre leyendo en el porvenir y seguro de la plenitud de los tiempos, continúa reposado y tranquilo despreciando al “bípedo implume”, aunque dispuesto, como en *Hernani*, a que *tutti* gocen de esa forma del desdén que suele llamarse el perdón.

DESPUÉS DEL FUNERAL

LA SOMBRA DE MORET

Lo enterramos unos días ha. Ayer le rezó sus preces la Iglesia. Entra, pues, en la Historia... Cuando la última paletada cayó sobre el cadáver, me volví y hallé muy cerca a D. Antonio Maura. Estaba noble y varonilmente triste. Este grande artista tiene la misma sensibilidad en el espíritu que en la palabra, y el dolor de aquel instante asomó a sus ojos y saltó a sus labios como en un rezo... Maquinalmente fuimos andando; ya en la puerta del cementerio, cogidos de nuevo por la rueda dentada de la vida, rompimos el silencio:

—La última vez—le dije—que hablé con Moret fué el día en que usted publicó su carta, y le oí hablar de su persona, no sólo con enaltecimiento, sino con cariño.

Era verdad. El ademán de Maura, con su aire de insurrección genial, creo yo que sacudió a Moret de su íntimo cansancio, de su larga melancolía... Cuando hablábamos, Moret se apoyaba sobre el respaldo de una butaca, con aban-

dono familiar. Abrió los brazos, y elevando la mirada, dejó caer con una sonrisa suave, casi sin amargura, estas palabras:

—¡Yo me resigné!—y se irguió, y como quien se recobra de momentáneo desmayo, añadió con aquella su voz sonora y cadenciosa: —Yo pronto seré tierra; pero dejo mi país, dejo mis ideas, dejo mis amigos...

Con asombro de los que le escuchábamos, dando a sus palabras el ritmo de la tribuna, hizonos una especie de testamento político que quiso ser como un regreso ideal a su juventud.

Don Antonio Maura me había escuchado.

—¡No!—me dijo—. Yo no he tenido por Moret, en todo instante, sino admiración y respeto. Jamás combati su persona; combati, en un momento determinado, una política...

En el transcurso de estos días he tenido, tanto en la memoria como en el pensamiento—¿quién sabe si también en el corazón—, yendo y viniendo, aquella frase.

Y recordando la serenidad de una resignación que no era desfallecimiento moral, sino un homenaje a la dignidad de una historia y de una vida, yo me he dicho: ¿A qué grado de superioridad sobre las pasiones lograría elevarse, para callar y resistir la ira y el dolor, el alma de aquel hombre, cuando a la hora en que sobre una frente que había sido una cumbre llena de luz sintió caer, no las coronas del amor y la gratitud, sino, en lluvia de odio, los estigmas y los dieterios?

Cuando el partido conservador gritó desde el Senado y la lealtad de Moret quedó "acordona-

da", no sólo se ensombreció una senectud gloriosa: a la manera francesa se puso a la Historia de España una pandereta en la mano y una navaja en la liga.

¿Qué había sido Moret desde que llegó a la vida pública? Monárquico, y monárquico hasta la impopularidad. En las postrimerías de doña Isabel II, los progresistas se retraen y él se empeña en poner sus primeras esperanzas de juventud en un régimen que apuntalaban Narváez y González Bravo; es decir, el chafarote y la imprudencia. Moret dióse cuenta bien pronto de la situación: ¡vió, con Cánovas, que aquello se iba y que no iría en paz!, y se retiró silencioso; pero no sin haber hecho a la Monarquía el tributo de su optimismo. Desátanse al fin las tormentas revolucionarias. La juventud más brillante y sazónada es republicana. Los compañeros de Moret en la Universidad, en el Ateneo, en el periodismo democrático, Castelar, Pi, Salmerón, Sánchez Ruano, dominaban a las muchedumbres.

El podría compartir el dominio y el aplauso. Fué fiel, sin embargo, a su primer culto. Es entonces cuando Castelar, en la edad de oro de su genio y en su hora única de demagogia, grita contra la Monarquía y contra los reyes de este modo:

—¿Qué significa la fuerza de las Comunidades sino la resistencia a la Monarquía? ¿Qué significan los fueros de Aragón y el nombre

inmortal de Lanuza sino la resistencia a la Monarquía? ¿Qué significan las Comunidades de Mallorca sino la resistencia a la Monarquía? ¿Qué significan las germanías de Valencia sino la resistencia a la Monarquía? ¿Qué significan los fueros de las provincias Vascongadas y de Navarra sino aquello que decía nuestro gran poeta: "Aquí no llegaron jamás tiranos reyes"?

Moret acude con sus armas nuevas y relucientes; ninguna empresa tan romántica como la suya. La Monarquía no existe; el rey no se sabe si existirá, y Moret se lanza a la pelea por aquellos jirones de niebla apenas visibles; pero, desde luego, impalpables. Ninguno de los viejos cortesanos, que lo escuchan recatando bajo las improvisadas vestiduras revolucionarias las casacas, las cruces, los toisones y las onzas isabelinas, dijo nada tan bello del principio monárquico. El caballero de la *Dulcinea* republicana hallóse con el *Lohengrin* de la Monarquía. En el encuentro, la elocuencia, el ingenio, la cultura histórica, la fuerza dialéctica van y vienen de uno a otro lado, dejando indecisa la victoria. Castelar exclama:

—Traeréis un rey y será para vosotros un ingrato.

—Sabiéndolo—replica Moret—, demostraré eso el desinterés con que procedemos. ¿Y qué importa lo que sea de nosotros, los demócratas, si antes no teníamos nada y en adelante lo tendremos todo?

Moret hace una enumeración concluyente en que van a estar todo su pensamiento y toda su historia: "Cuando los conservadores nos han

cedido los derechos individuales, cuando han venido con nosotros a consignar las garantías de la personalidad humana, cuando han aceptado nuestra fórmula, cuando tenemos el derecho de reunirnos, cuando podemos enseñar libremente, cuando podemos publicar nuestras ideas, cuando podemos reunirnos y asociarnos, bien podíamos ceder en la cuestión de forma de gobierno, bien podemos decir que hemos ganado el porvenir".

La imaginación del poeta ilumina y esmalta la palabra del orador: "El Sr. Castelar, que es tan amante de la Naturaleza, es seguro que alguna vez habrá observado un fenómeno notable. Puede creerse durante el invierno que una tierra es improductiva; pero si la semilla ha caído sobre ella, por más que caiga la nieve, por más que vengan las inclemencias del cielo, por más que el frío y los pedriscos caigan sobre ella, poco importa: hay una fuerza misteriosa en la Naturaleza que modifica todos esos agentes, y del fondo de aquella tierra, que no era un sepulcro, sino una cuna, se levanta a su tiempo una lozana y abundante cosecha". Moret se había equivocado. La cuna era sepulcro. La Monarquía cayó en él, y mientras unos ministros del rey seguían siéndolo de la República y mientras otros se preparaban para el paréntesis de la dictadura de 1874, Moret entrega su embajada de Londres al Dr. D. Federico Rubio—espíritu soñador y apostólico, de excursión filosófica en el republicanismo—, y entre su cátedra de la Universidad y el rectorado de la Institución libre y las lecciones del Ateneo, disciplina

su pensamiento, ensancha e intensifica su cultura y deja que lleguen los días—serán los del año 1879—en que la Restauración “mojará las cuerdas” y permitirá seguir persiguiendo el antiguo ideal de la Monarquía democrática.

Se ha dicho recientemente que Moret votó la República. No era diputado ni senador. ¿Cómo había de votarla? Pero pudo más tarde sumarse a sus defensores, que ya en la Restauración no se reducían a los republicanos históricos—a Castelar, a Figueras, a Pi y Margall—, sino que aumentaban con las figuras más eminentes del partido radical: con Ruiz Zorrilla, con Martos, con Echegaray, con Montero Ríos...

Ni la menor veleidad republicana tuvo Moret. Mientras en las Cortes de 1879 (elegidas bajo Martínez Campos y Silvela) los antiguos elementos radicales no intentaron rehacerse, Moret permaneció al lado de Martos. Cuando, al cabo, todas aquellas poderosas fuerzas quedaron, con el *Manifiesto de abril*, regidas por D. Manuel Ruiz Zorrilla, fué Moret, acaso, la única personalidad democrática que, procediendo de la República, negó su firma al *Manifiesto*, y, sin dudas, sin regateos, reconoció la Monarquía.

Primero colabora con Sagasta, desde la Comisión de Presupuestos, en la labor legislativa; se acompaña de Beránger, de Sardoal, de Puigcerver y de Aguilera en persistentes propagandas por la incorporación de demócratas y republicanos a la Monarquía, desde luego liberalizada,

y cuando, en 1883, Martos, Montero Ríos y Echegaray se separan en Biarritz de Ruiz Zorrilla, él los aguarda dentro del régimen para decirles:

—Venid, tened confianza; esta es una tierra habitable.

El heraldo de aquellos republicanos de la legalidad es Moret. ¿Debió la Monarquía arrepentirse? Cuando D. Alfonso XII muere, la Asociación Militar Republicana constituye grave amenaza: Ruiz Zorrilla tiene en París un Ministerio de la Guerra. La juventud es francamente revolucionaria. El comercio acaba de lanzarse a manifestaciones de rebeldía. A la coalición electoral van juntos Martínez Campos y Salmerón, el duque de Alba y Pi y Margall... Y ocurrió que D. Antonio Cánovas dijo: “A reinado nuevo, partidos nuevos”; y de aquellas novedades salvadoras, el símbolo fué Martos; la definición, Montero Ríos; la palabra, Moret.

Durante cuatro años, desde el banco azul, como en 1869 en el banco de la Comisión constitucional, él iba desarmando adversarios, acortando distancias, preparando aquel momento decisivo en que Castelar, con un gesto de *Hamlet*, dice a sus amigos:

—Haceos monárquicos; yo me retiro a escribir la Historia de España.

Llegan las horas trágicas; él no quiere la guerra; él tuvo la visión de la catástrofe, como la tuvo Thiers al negarse a gritar: “¡A Berlín!”; tuvo la visión, pero la entrega de Cuba sin combatir, ¿qué sería? Carlistas, republicanos, la Prensa entera, hablaban como el *Romancero*. ¿Podría resistir la Monarquía aquel oleaje? Mo-

ret renunció a la gloria de una impopularidad patriótica y se quedó solo con las piedras y las injurias de aquella impopularidad. La reina estaba sola. El rey era un niño... Si su sacrificio los defendía, ¿cómo había Moret de vacilar? Esta fe lo alienta cuando muere Sagasta. ¿Qué será del partido liberal? ¿Qué será de esta fuerza de la Monarquía? Se plega a todo, se reduce a todo. ¿Es antes que él jefe de Gobierno D. Eugenio Montero Ríos? Vota modestamente en su escaño de diputado. ¿Lo llaman al Poder? Ofrece su significación democrática, busca en el prestigio y en la autoridad de Canalejas sobre las izquierdas, colaboración, que se hace ostensible y doblemente valiosa desde la presidencia del Congreso; y cuando el ensanche democrático arroja al partido conservador y se habla por vez primera de "retirada", llamando a los ministros "profesionales de la intriga", Moret se aparta temeroso de crear conflictos a la Corona; y cuando vuelve con su Ministerio relámpago y relampagueante, ¿quién sabe si aquello que pareció capítulo de aventurero no fué un compromiso de honor?

El último Gobierno de D. Antonio Maura fija la cantidad de sacrificios que se impone Moret. Autoriza el "bloqueo", pero se opone por todos los medios a dificultar la vida del partido conservador. Deja que la minoría liberal presente enmiendas y enmiendas al proyecto de Administración; pero no consiente que se voten. Llega el estrépito de la escuadra. El se ofrece de rompeolas. Iniciamos interpelaciones peligrosas. Les mella el filo y les mata la punta. Maura plan-

tea de nuevo la cuestión de los suplicatorios. Moret va al banco de la Comisión, y a Romanones y a Villanueva y a mi nos responde con desentono y malhumor. Queremos discutir los Presupuestos. Y aparece que él tiene pedida la palabra contra todos los capítulos y casi contra todos los artículos. No es posible hacer más por mantener una alta colaboración de Estado con el partido turnante. Tres años estuvimos empujando a Moret. Tres años se defendió de nuestros impetus, envolviéndose en oleadas de elocuencia.

Y llegó un día en que aquel arte laboriosamente evasivo luchó con la realidad; fué en octubre de 1909. España no estaba convaleciente: estaba aún enferma, y acá y allá todos deliraban y la sangre ardía. ¿Qué iba a hacer Moret? Sonreía y callaba, pensando acaso en la "curva". La trazó en su primer discurso; la trazó sin mirar hacia atrás, pero hacia atrás, mohina, desencantada, la minoría liberal significaba, con su actitud, más que una protesta, el desconsuelo y la desconfianza. Al día siguiente, Moret llegó sin hallar un corazón efusivo... En nuestros bancos, las actitudes eran de guerra. Durante la lectura del acta, se gritaba, se apostrofaba; había en el aire algo que sólo flota cuando se ha de producir lo irreparable. Canalejas y Gasset entraban y salían; García Prieto, contenido siempre, mostrábase nervioso; Romanones, en su asiento, corregía rápidamente las pruebas del artículo *Ni una hora más...*

Moret persistía en su reserva. Casi entera, la minoría volvíase hacia Canalejas, a quien acompañaba Alvarado.

—Usted—dijimos, gritando, a Canalejas—hablará por todos.

—No será necesario—interrumpió Moret; y sonriente, añadió: —Ustedes y Canalejas quedarán satisfechos.

Entonces es cuando se levanta y dice:

—Europa no nos ha negado el derecho de aplicar las leyes; lo que nos niega es que lo hayamos hecho con la claridad necesaria.

Y pasó una sombra, y se abrió un gran abismo.

Pero van transcurridos más de tres años y los liberales continúan, y casi a la hora en que desaparece de la vida Moret departe Azcárate con el rey D. Alfonso como Besollati con Humberto.

¿Hay demostración más elocuente de que la vida de Moret fué un holocausto a sus convicciones históricas, o lo que es igual, a la Monarquía y a la democracia enlazadas? ¿Qué son estas probabilidades de hoy? Sencillamente el fruto de una política que trajo el sacrificio de 10 de febrero de 1910; es decir, aquella austera tristeza con que Moret, abriendo los brazos y mirando a lo alto, hablaba de su resignación.

* * *

Bajo las bóvedas de la catedral toledana pasan y cruzan indiferentes los fieles y los visitantes por encima de una ancha y larga losa funeraria, sin otra señal de recuerdo que el rastro de una cruz y estas palabras borrosas: *Cinis, pulvis, nihil*. Es un epitafio compuesto entre el *Eclesiastés* y Marco Aurelio para los mortales despojos de un hombre que gobernó pueblos y

reyes y trajo y llevó por el mundo nada menos que la Corona española. Fué el cardenal Portocarrero, quien asistió a la agonía del rey *hechizado*; quien, entre los cirios y los estandartes y las reliquias y los rezos clamorosos de Cofradías y Comunidades, ante aquel mundo sombrío de venera verde y parálisis facial, trasladado al lienzo por Coello, con un pincel que más parece un garfio candente, sintió los últimos terrores de aquella desdicha coronada y conoció también el supremo dolor con que hasta los pobres de espíritu se despiden del poder y de la fortuna.

Cuando Carlos II devolvió al cardenal Portocarrero la pluma con que acabara de firmar el reconocimiento de la dinastía borbónica, cuenta la crónica popular que pronunció, tras un gran suspiro, estas palabras:

—¡Ya no soy nada!

Y puesta en latín lapidario esta tristeza, creeriase como que el epitafio de Toledo es el eco de aquella hora en que el príncipe de la Iglesia ha visto de una vez la miseria del hombre y la grandeza de Dios. Un poco más allá de Portocarrero está la capilla de D. Alvaro. Nada clama allí ni por la vanidad, ni por la justicia, ni por la venganza; en aquella penumbra de siglos la piedra no rezuma la sangre del condestable, sino las lágrimas serenas de Jorge Manrique.

Allá, en el cementerio de San Isidro, otro hombre, también un día poderoso, yace en la paz humilde de un rincón, todo silencio y toda soledad... "Ni flores ni coronas", escribió poco antes de morir; suprema expresión de pureza con que se despide del mundo un alma elegida.

Ni una reconvencción, ni una palabra que no fuese noble y piadosa; para él diríase que se escribieron estas bellas y fuertes palabras antiguas: “Debemos abandonar la vida con resignación, como la oliva madura que cae bendiciendo la tierra que la sustentara y dando gracias al árbol que la creó”.

AUGUSTO DE FIGUEROA

Nadie ignora que el director del *Heraldo de Madrid* hállase en Málaga organizando sus elementos electorales de Gaucín.

Estamos, pues, en circunstancias de absoluta independencia para dedicar al director del *Heraldo* aquellas atenciones de compañerismo que en cualquier caso serían debidas por parte de toda la Prensa y de todós los periodistas españoles al escritor insigne, al esclarecido maestro que entrado en la madurez de la vida aparece como en sus años juveniles a vueltas con la letra de imprenta, sin haber alcanzado por sus talentos y por la noble elevación de su espíritu ni la más modesta de las posiciones que con gentil desenvoltura acometen y dominan los osuros elementos colaterales de nuestra oligarquía política.

Sería soberanamente injusto quien en este presente desahogo de nuestro corazón advirtiera la mano de nuestro ilustre compañero; aquí, donde hay puertas abiertas para todo el mundo, él las ha cerrado por completo a sus propias quejas.

Sería igualmente pueril que por escrúpulos sin consistencia posible, vieran el *Heraldo* y sus redactores, sin una palabra de amargura, el doloroso espectáculo que un caciquismo sin freno y un Gobierno sin medida de la proporción, dan en el distrito de Gaucín a costa de la honestidad electoral y con inicua estimación de un hombre, de una inteligencia, de un prestigio periodístico como los que suponen estas palabras: AUGUSTO DE FIGUEROA.

* * *

En veinticinco años de periodismo han arribado al Parlamento, no ya los maestros, los discípulos de Figueroa. Han pasado por el Congreso desde el articulista al *reporter*. A título de periodista han alcanzado la representación parlamentaria hasta redactores de semanarios casi anónimos.

Augusto Figueroa ha permanecido uno y otro día sentado a la mesa de redacción, viendo con perfecta serenidad cómo la noria del poder y de la fortuna daba vueltas y más vueltas y cómo unos arcaduces se llenaban y otros se quedaban vacíos.

Sin embargo, alrededor de su nombre el tiempo y la justicia iban acumulando admiraciones fervientes. Partidos de vigorosa vida salieron armados de todas armas de su cabal cerebro y de su pluma poderosa. Agrupaciones nacidas con pretensiones de inmortalidad, desaparecieron al choque de uno de sus artículos ejemplares. Llegó un momento en que Figueroa no fue un periodista, sino una fuerza.

En su rápida época municipal, cuatro alcaldes le rindieron vasallaje.

Un día, cierto Gobierno amaneció en crisis. Era que un ministro de la Corona salía del banco azul para medir sus armas con un periodista que no era ni había sido más que periodista: con Augusto de Figueroa.

Hubo una época periodística en que *El Resumen* valía tanto como la mitad de la Prensa española; aquel periodo en que un Gobierno de Sagasta se bamboleó ante una interpelación del malogrado y respetable general Salamanca.

Y el periódico, ¿a quién tenía detrás? Tenía un partido; tenía una brillante familia de escritores; pero los escritores y el partido obedecían sencillamente a una palabra, a un gesto de Figueroa.

Este *Heraldo*, este *Heraldo de Madrid*, metido hoy en miles y miles de hogares españoles, fuerza viva en la calle, opinión escuchada en todas partes, ¿dejará nunca de poner en las mayores alturas de su historia el nombre de Figueroa?

El es aquí inteligencia, brio, impulso y enseñanza. El personificó al *Heraldo* en aquella trascendental campaña de Prensa que pusiera en pie una manifestación reciente y memorable.

* * *

Y a ese hombre es a quien se persigue en el distrito de Gaucín como a un expósito de la política.

Cuando tras veinticinco años de dar a la opinión y a las ideas liberales y a las causas más

altas de la nación lo mejor de su espíritu, se presenta en el pueblo donde vino al mundo para recoger el voto nunca solicitado y ahora ofrecido en hermoso rasgo popular, el gobernador, los alcaldes, los alguaciles, los empleados públicos, toda la corchetería electoral lánzase sobré Augusto de Figueroa, queriendo como ponerlo en tralla.

Se le niega el aire y el fuego. Lo único que se le deja libre es la retirada humillante...

No conoce esos caminos Figueroa. Allí, en su tierra y por su tierra, víctima de las grandes tristezas del caciquismo, luchará hasta el último momento...

Y cuando ese último momento llegue, volverá a Madrid y, como hombre cortés, dará al señor Sagasta las gracias.

LA CAMPAÑA DE CUBA Y EL GENERAL WEYLER

Las declaraciones del general Weyler, que transmitió ayer un corresponsal de *El Imparcial*, son el tema preferente de la Prensa, y nos explicamos fácilmente que lo sean por el interés y la expectación que inspiran los asuntos de Cuba, aunque no demos nosotros a las manifestaciones del general en jefe el alcance que algunos periódicos las atribuyen.

Los comentarios son diversos. *El Heraldo* aprovecha la ocasión para acusar al Gobierno de que atenúa la gravedad de lo que ocurre en Cuba, como si, en varias ocasiones, no hubiera sido tachado de pesimista por declarar lo verdadero. *El Imparcial* vuelve a su tema de que, supuesta la dificultad de acabar las guerras civiles sin avenencias y concordias, se han invertido en la de Cuba los términos, enviando primero al general Martínez Campos, representante de la política de transigencia, y después al general Weyler, representante de la represión severa, cuando debió hacerse lo contrario. Pero

este error, dado que lo sea, reconocerá el colega que no ha sido sólo del Gobierno, sino de la opinión casi unánime del país, que pidió y aplaudió que fuera a la isla el ilustre general que ya en 1878 la había pacificado.

El Liberal, aunque apunta al Gobierno, dice para en realidad contra el general Weyler, recordándole no sabemos qué promesa de dejar limpias de insurrectos para fines del mes en que nos hallamos las provincias de la Habana, Pinar del Río y Matanzas, como si la guerra pudiera ajustarse a programas trazados de autómata, y diciendo también, con mejor acuerdo, que el capitán general de la isla consideró haber cederas las elecciones cuando el Gobierno le consultó sobre el caso.

Algo más grave insinúa el colega suponiendo que la actitud del Parlamento norteamericano influye en el curso de las operaciones militares que efectúan en la isla nuestras tropas, insinuación que, a la verdad, requiere contestación cumplida.

A nuestro juicio, las manifestaciones del general Weyler, suponiendo que en todas sus partes sean exactas y que no contengan alguno de los errores tan fáciles en estas *interviews*, obedecen, como ayer dijimos, a las impacencias injustificadas que empezaron a apuntar estos días respecto al curso de la campaña.

Fuimos entonces de los primeros en salir a la defensa del general, diciendo cuán funesto sería para nuestra causa el gastar prestigios por no hacerse cargo de las dificultades naturales de la guerra, y hoy, que aquel incipiente movi-

miento de la opinión parece contenido, seguimos creyendo que los esfuerzos del general Weyler no merecen sino aplausos y que el Gobierno le dispense la confianza más absoluta y el más decidido apoyo.

En esto no puede haber ni sombra de sospecha, por mucho que discurra y alambique las cosas la malicia política. Por eso, si desalientos experimentara el general—y no creemos que arraiguen en ánimo tan varonil y entero como el suyo, y menos hallándose empeñado en empresa que tanto importa a la patria—, no los inspiraría, seguramente, la conducta del Gobierno.

Se deberian, como las mismas declaraciones del general Weyler lo acreditan, a los impacientes, que recuerdan ahora la campaña contra el general Martínez Campos, no para deducir, como debieran, que entonces fué injusta y apasionada la censura, sino para intentar con el sucesor el mismo procedimiento.

A esos impacientes creemos que se dirigen las palabras del general Weyler. En cuanto a las dificultades que expresa, es desgraciadamente indudable que el hecho de discutirse la beligerancia de los insurrectos en el Parlamento norteamericano debe haber alentado a los separatistas, aunque esperamos que a la postre salgan fallidas sus esperanzas. Pero de ello no son responsables ni el Gobierno ni el general Weyler, ni había medio humano de evitar que se iniciara el debate, y que de él tomaran alientos los rebeldes.

El que la prudencia exigida por las circuns-

tancias actuales sea también una dificultad, no debe interpretarse en el sentido, deprimente para nosotros, e inverosímil, de que ingerencias extrañas influyen en las operaciones de nuestro Ejército. A lo que sin duda se refiere el general Weyler es a que, estando en debate la beligerancia, nos impone esto, como impondría a cualquier nación, especial cuidado en evitar que los rebeldes puedan aducir argumento alguno que dé fuerza a sus pretensiones o pueda presentarles en situación distinta de la que verdaderamente tienen. Mas de esto, ¿qué responsabilidad se deduce tampoco para el general en jefe o para el Gobierno? Antes merecerían aplauso, por el conocimiento que revelan de la situación y por el patriotismo que despliegan.

De las elecciones sólo habla de pasada el capitán general de Cuba, y es evidente que no debió de considerarlas grave obstáculo para la campaña, cuando respondió a la consulta del Gobierno asegurando que podían hacerse.

Si después algún partido ha complicado el problema, tratando de ocultar su debilidad con el retraimiento, culpa suya será; pero ni ésta ni las dificultades anteriores, con ser mucho más graves, pueden llegar por sí solas al punto a que las llevarían los extravíos de la opinión en la Península o en Cuba, si se diera en demandar imposibles.

Apoyado, como lo está resueltamente, por el país y por el Gobierno, el general Weyler vencerá, sin duda, estos obstáculos; que de hombres de sus prendas debe esperarse el acabamiento de las empresas difíciles. Conociendo

su patriotismo, no admitimos la hipótesis de su dimisión, de la que sólo habló para el caso, que juzgamos improbable, de que la opinión pública, extraviándose por completo, no le hiciera aquella justicia y no le prestara aquella confianza a que es acreedor por tantos títulos.

VENGADOS

La carta de Calixto García a Shafter no resulta auténtica. Debería serlo. Lo será, tarde o temprano. El autor de aquel documento es un profeta: el separatismo cubano ha de hallar tremendo castigo en su propia imposibilidad. Podrá Shafter rectificar de momento el desvío con que hasta hoy tratara a los caudillos y a los soldados de la rebelión manigüera. Pero el árbol maldito ha de dar todos sus frutos, o no hay leyes inflexibles en la Historia ni justicia alguna en el cielo.

La ruptura de las actuales Repúblicas americanas con España, aun pecando éstas de precipitadas en su movimiento, pudo ser, y ha sido con el tiempo, una familiar emancipación. Pasado o muy próximo a ser vencido el peligro del caudillaje, que es la forma inmediata de toda revolución hasta que cristaliza y encarna en órganos regulares, aquellos pueblos del continente tienen condiciones propias de vida, me-

dios de hacer efectiva y respetable su independencia. Desde ese punto de vista, la obra de Bolívar deja de ser una ingratitud para España y aparece como un plan humano y naturalmente histórico.

Cualesquiera que fueren las ambiciones de los Estados Unidos, inútilmente intentarían incorporar ni someter a una monstruosa unidad continental las diversas nacionalidades creadas por el genio de nuestra raza.

Tras el caso de Tejas, la política yanqui se ha limitado a mantener cierto influjo moral, poco visible en el Congreso panamericano y muy contraproducente en la última guerra civil de Chile; pero de esas tentativas románticas y sentimentales no han pasado; de manera que hasta la más modesta República de Centroamérica ha podido desenvolver su personalidad sin otras dificultades que las de sus luchas interiores.

Andando el tiempo, ¿quién duda de que cada uno de aquellos Estados españoles, reconcentrando sus fuerzas, rehaciendo su vida, reorganizado Centroamérica mediante la solidez de la hasta ahora casi nominal República Mayor, acrecido y encauzado el movimiento inmigratorio, alcanzarán los títulos y los respetos de verdaderas naciones?

La situación geográfica, la extensión territorial, les proporcionan los medios a ello necesarios; y así, aun perdida nuestra soberanía, España aparecerá siempre viva en la lengua y en

la historia americana, sin que sea posible borrar nuestro nombre ni nuestro espíritu de tanta grandeza futura.

Los insurrectos de Cuba han sido deplorables imitadores de Bolívar.

Atuviéronse al simple grito libertador, a lo meramente externo; soñaron con la estatua; no imaginaron lo que debía ser el hombre antes de que el poeta y el escultor se apoderaran de su alma y de su cuerpo.

En el cerebro de Martí, que era un sectario y un odio y un orgullo heridos, no cupo la revolución sino en cuanto significaba represalias contra España. No entró todo el problema; no se produjo la visión de lo que llegaría a ser Cuba separada de nosotros y entregada a sus propias fuerzas.

No vió Martí ni vieron sus discípulos más inteligentes — los Quesada y los Poyo —, ni sus émulos más pensadores — los Varona y los Merchant —, lo que un niño de la escuela advierte paseando la mirada por el mapa de América.

Recluidos los cubanos en su isla, limitados por una fatalidad territorial, ninguna alianza defensiva podría brindarles el Continente. En cambio, el comercio y el roce de la vida serían amenazas constantes a su independencia. Con el Tratado y sin el Tratado Foster-Albacete, el mercado natural de Cuba está en la Unión Norteamericana. ¿De dónde podían entonces deducir los apóstoles y libertadores de Baire que aquella independencia revestiría jamás los caracteres de seguridad que presentan otros Esta-

dos con fronteras infranqueables y con existencia propia?

Ni siquiera una poderosa corriente de inmigración daría mayor consistencia a la República cubana. Un millón, dos millones, tres millones, todos los millones de habitantes que la isla pudiera sustentar, serían granos de arena comparados con la inmensa montaña yanqui. Un leve desprendimiento de ésta bastaría al aplastamiento de *Cuba libre*.

—No importa—decían los espíritus más líricos de la manigua—. Los Estados Unidos son una democracia, y como tal democracia respetan el derecho ajeno.

A semejante confianza ha respondido, precisamente, la actitud de Shaftev... Los insurrectos comienzan a recoger el fruto de su siembra. España no es vencida por ellos, y el espíritu práctico de los yanquis se apresura a sacar las consecuencias. La victoria quiere ser para los victoriosos, no para los espectadores.

. . .

Y así se cumplen las más elementales reglas de la moral. Al lado de nuestra sublime locura defendiendo a Cuba sólo por un sentimiento de honor, es bien que aparezca la locura de los insurrectos, renegados de su raza, destructores de su hogar y ya lanzados por toda una eternidad al horrible anónimo, a la trasfusión de la sangre, del nombre, de la religión, de la vida entera... Podremos salir de Cuba; pero no serán ellos quienes recojan como trofeo nuestra ban-

dera abatida; a la misma hora, ellos y nosotros habremos acabado en América; con una diferencia: nosotros habremos sucumbido en una lucha sin ejemplo, siendo el último David de los pueblos que combaten por el ideal; ellos habrán muerto como españoles y como cubanos, por haber escuchado la voz del odio y no la del amor, que es únicamente la que a Lázaro resucita...

de los abatidos; a la misma hora ellos y nosotros
 habremos acabado en América; con una dife-
 rencia: nosotros habremos sucumbido en una
 lucha sin ejemplo, siendo el último David de
 los gigantes que combaten por el ideal; ellos ha-
 brán muerto como españoles y como cubanos
 por haber escuchado la voz del odio y no la del
 amor, que es únicamente la que a México re-

las pasiones puestas en pie como una colina
 dad inmensa por aquel tremendo error judicial
 han llegado a todas partes dando la extensión
 medida de su violencia en ciudad franco-ale-
 rana escenario alegre de una tragedia hasta
 combatir.

LOS QUE NOS ACUSAN

Argel como casi todos los puntos de las
 hermosas islas, y el campo de la ley Cis-
 terna (el ministro indio de la tercera Repú-
 blica) han ido descubriendo y denunciando

La leyenda de nuestra crueldad: hállase ex-
 tendida por toda Europa. Rochefort, en su dia-
 rio libelo, ha presentado a España bajo el po-
 der constante del espíritu de Torquemada. Has-
 ta escritores tan literarios y tan exquisitos como
 René de Mazeroy y Maurice Barrés pagaban no
 ha muchos días su tributo a las opiniones he-
 chas, hablando de España y de sus hombres con
 expresión y juicio propios del libelista furibun-
 do. Hasta un amigo tan sincero de los españoles
 como el ilustre Claretie no ha podido evitar en
 sus melancólicos apuntes sobre nuestros repa-
 triados (páginas tiernas y generosas son, en ver-
 dad, las *Crónicas de Otoño*), ciertos brochazos
 lastimosos...

Y he aquí cómo a la misma hora en que nues-
 tra leyenda de crueles e inquisitoriales justifica
 para muchos espíritus humanitarios la pérdida
 de nuestras colonias, es formulada en el Parla-
 mento francés una de las más graves y más es-
 candalosas denuncias a que haya dado ocasión
 el fanatismo religioso.

Todo ello es un arrastre del asunto Dreyfus;

las pasiones puestas en pie, como una calamidad inmensa, por aquel tremendo error judicial, han llegado a todas partes, dando la extrema medida de su violencia en ciudad franco-africana, escenario alegre de una tragedia harto sombría.

Argel, como casi todos los pueblos de tan hermosa colonia francesa, contiene numerosas familias israelitas, y al amparo de la ley Cremieux (el ministro judío de la tercera República) han ido desenvolviéndose, perteneciendo por la religión a una Jerusalén ideal e intangible, pero por la lengua y el corazón a una Francia prácticamente maternal y generosa con todos los vencidos.

Los israelitas en Argel han sido, como en el resto de la nación, franceses y sólo franceses. Frente al doble problema de raza y de imperio con que Francia se encuentra todavía en Argelia, ellos han pensado y sentido como cualquier bretón o cualquier gascón o cualquier hijo de la vieja Normandía.

En salvo la fe, respetada la sinagoga, se han llamado con énfasis ciudadanos de la República.

Pero el desgraciadísimo Dreyfus era judío, y no bastaba a los Rochefort y a los Drumond la ignominia y el martirio del prisionero en la Isla del Diablo. Debía extenderse la expiación de una culpa (hoy ya casi imaginaria) a todo un pueblo, a toda una comunidad de almas.

Y bajo tales prejuicios y a la voz de semejantes apóstoles, la ola estremecida en París llegó hinchada y clamorosa hasta Argel y revienta con horrible estrépito en sus calles.

La persecución de los judíos es organizada en formas de primitiva brutalidad. Son acometidos francamente los hogares; son entrados a saco los establecimientos comerciales; son reclusos por la fuerza en sus barrios los israelitas pobres; son apaleados en las calles los israelitas ricos, y lo mismo el menestral que el profesor, la vendedora ambulante que la dama distinguida, conviértense en ludibrio de una plebe irritada y ciega, dispuesta a cumplir por tan piadosos modos el sublime testamento del Calvario.

Mas la nota llamativa de ese drama no nos la ofrece la multitud inconsciente y alborotada— turbio río que suele desbordarse cuando hábilmente alguien estrecha las orillas—; la nota interesante corre a cuenta del alcalde de Argel, personaje digno de una novela de capa y espada...

Veintiséis años, apostura arrogante, *sportsman* rico, fastuoso, el amigo predilecto de todas las mujeres alegres de la ciudad, popularísimo entre todos los hombres; querido y casi adorado de todo Argel, emplea el joven alcalde tal cantidad de fuerzas en organizar verdaderas batidas de judíos y aun de cristianos.

Numerosa policia de todas clases le proporciona informes exactos acerca del origen y costumbres de cada familia. Si la sangre de Israel aparece, el alcalde entra inmediatamente en funciones, y allá va su partida de la porra, sin dejar en la casa maldita ni cristal sano, ni puerta en su quicio, ni persona sin golpe, ni caja sin saqueo.

“Señor alcalde: En la tienda del israelita Fulano compró ayer unas telas Madame X.—una cristiana...”

Lo escribía por la noche un periódico, y a la mañana, Madame X.—una cristiana—, era apaleada y la tienda del judío fulano queda destruída.

A las diez de la noche, por las calles de Argel no podía transitar nadie. El joven y gallardo alcalde consideraba judíos todos los infractores de sus bandos de “queda”.—En el nocturno silencio oíase de pronto un grito. Algún transeunte israelita que pagaba con sus costillas el crimen de Dreyfus.

¡Un horror!—Los mismos árabes, alentados por el ejemplo y el escándalo, se han cobrado en carne israelita los odios al cristiano. Por primera vez pueden levantar la cabeza y la mano contra alguien...

El otro día un muchachuelo árabe estaba a la puerta de una tienda. Bajó de un coche una hermosa y elegante dama y el muchachuelo la emprendió con ella a palos.—La gente que pasaba se detuvo indignada. Pero el morillo dijo con desahogo:—Es una judía.—Y la muchedumbre le dió gracias.

Ese es el cuadro que una ciudad republicana, regida por el cerebro del mundo, presenta al final de un siglo que podríamos llamar siglo de todas las democracias.

Justo será añadir cómo el ministro Dupuy ha

destituído al alcalde de Argel y cómo la mayoría del Parlamento ha asociado su voto a la medida reparadora del ministro.

Pero es lo cierto e indudable que no corresponde a España, a pesar de sus leyendas, el triste privilegio de haber resucitado con las cuestiones de religión las antiguas prácticas de la lapidación, el escarnio público y el tormento.

...del Parlamento ha asociado su voto a la medida reparadora del ministro.
Pero es lo cierto e indudable que no corresponde a España, a pesar de sus fechorías, el privilegio de haber renunciado con las clases de religión las antiguas prácticas de la liberación, el escarnio público y el tormento.

los coches y los ómnibus en sus permanentes cargados de átomos de multitud.
—¿Solimos para la Plaza? Qué es esto, mi señor? Esta detención es un escándalo. ¿Por qué estamos aquí como clavos cuando la corte debe emprender de un momento a otro?

NOTA DOMINICAL

ORO Y ESCORIA

Mientras los periódicos, por deberes de patriotismo, abren un paréntesis patriótico en toda crítica concerniente a la gran cuestión de Cuba; mientras los autonomistas se despachan a su gusto declarando poco menos que santa y meritoria la revolución, "sin la cual no habría experimentado sacudida alguna la conciencia nacional ni se habría despertado en la madre patria el sentimiento de justicia", aquí, en España, en Madrid, cerebro poderoso del país, andamos, como de costumbre, preocupados con el nunca resuelto problema de los toros.

La calle de Sevilla, a las tres de la tarde, ofrecía el aspecto de los grandes días revolucionarios: una masa humana compacta y anhelante moviase con oleaje de mar airado...

—¿Vendrá? ¿No vendrá? ¿Llegará a tiempo el expreso enviado a su encuentro? ¿Se consumará la catástrofe?

Y entre tanto, a lo largo de la calle de Alcalá

los coches y los *ómnibus* en fila permanecían cargados de átomos de multitud.

—¿Salimos para la Plaza? ¿Qué es esto, mayoral? ¡Esta detención es un escándalo! ¿Por qué estamos aquí como clavados cuando la corrida debe empezar de un momento a otro?

Los mayores aclaraban el misterio... “Es que el tren en que venía el Guerra ha descarrilado.” “¡Que há descarrilado!” “Esa es la noticia de última hora.” Y de boca en boca iban y venían los juramentos más enérgicos, las frases más gráficas de la decepción y del desconsuelo...

En semejante situación de ánimo hemos dejado, ya avanzada la tarde, al pueblo soberano de la torería; y el timbre del teléfono suena y resuena para anunciar cien voces amigas que nos preguntan: “¿Sabén ustedes algo?” “¿De Cuba? ¿De la derrota de Máximo Gómez?” “No, hombre, por Dios...” “Del manifiesto autonomista?” “¡Qué disparate!” “¿Del hambre de Castilla?” “¡Yo he almorzado bien y no quiero saber nada de hambrientos!” “¿De la llegada de los soldados moribundos que ayer desembarcaron como almas en pena en La Coruña?” “Tampoco... No estoy para elegías patrióticas.” “¿De la candidatura militar?” “No creo en los dictadores ni me importa que salga diputado Pedro o que resulte elegido Juan.” “¿De la baja de nuestros fondos?” “Eso le interesará a don Martín Esteban.” “¿De la subida de los cambios?” “Yo no tengo que comprar nada en Londres ni en París.” “¿Del contrabando descubierto en la Habana bajo la bandera filantrópica de la señorita *yankee* Clara Barton?” “No siento

curiosidad por semejante cosa: allí todo lo que ocurre es contrabando, como según Larra aquí todo el año es Carnaval.” “¿Qué es entonces lo que usted quiere saber con la premura del teléfono? ¿Qué cosa tan grande debe ser ello cuando no reza ni con la guerra, ni con la paz, ni con los infortunios públicos, ni con la política nacional, ni con nada que represente un interés común a todos los españoles?” “Amigo mío: lo que me trae sobre ascuas es el descarrilamiento del Guerra... ¿Tienen ustedes telegramas? ¿Vendrá, al fin, a dar un día de gloria al arte y a la afición? ¿No podrían ustedes enviar un *reporter* a la estación del Mediodía?” “No; no podemos, ni sabemos nada; ignoramos si existe el Guerra, si hay corrida, si dejará de haberla, ni siquiera si está en pie la Plaza, ese templo, en que oficia religiosamente el patriotismo.

La voz deja de interpelarnos; el último eco de ella nos trae esta frase: “Entre la guerra y el Guerra, el Guerra es lo primero...”

* * *

“¿Vendrá? ¿No vendrá?” En la última edición nos sacará de dudas el castizo *Barquero*. El nos relatará los triunfos del cordobés ilustre, si es que la locomotora ha corrido con la ansiada velocidad. El, en cambio, nos contará las tristezas del buen pueblo madrileño, si es que el preclaro matador ha permanecido en medio del camino con la espada en alto y “jurando a sus grandes Dioses”.

“¿Vendrá? ¿No vendrá?”

Con ambas preguntas en los labios, la capital de España hállase a estas horas entre la febrilidad nerviosa y la franca calentura.

La llegada de un general victorioso no sería más esperada. El retraso de un libertador no produciría en plaza sitiada más dolorosa incertidumbre...

Y sin embargo, este mismo pueblo es conquistador, guerrero, héroe, apóstol, mártir: da el dinero con liberalidad donjuanesca, da la sangre como si fuera agua.

Desde estas puerilidades del toreo, pasa a la tragedia...

Desde la risa cascabelera da un salto al entusiasmo y a las lágrimas.

Pueblo sin igual en el planeta: en un cascarón de nuez descubre un mundo; y en un coche sigue como el esclavo antiguo los pasos de un torero...

Verdaderamente, hasta que se haga la psicología de la muchedumbre no será posible separar tanta escoria de tanto oro, ni tanto oro de tanta escoria.

PIEL DE ZAPA

LETRAS Y POLÍTICA

—¿Queréis recordar conmigo la novela de Balzac?

—¿Qué deseas?—pregunta el mago a Rafael.
—No deseo nada. Espero la noche para morir. Dentro de unas horas mi cuerpo descansará en el fondo del Sena. Para mí la vida es imposible. En larga lucha con la miseria no hallo otra salida que la muerte.

—¡La muerte!... Puedo librarte de ella; es decir, puedo hacerte rico, poderoso, feliz, sin más que una palabra tuya... A cambio de esa palabra, no te ofrezco oro, ni plata, ni cobre, ni papel. ¡Mira!... He ahí la *Piel de Zapa*.

El pedazo de piel estaba suspendido de la pared y parecía despedir rayos luminosos. Los granos negros de la zapa habían sido con tal esmero pulidos y lustrados, y aparecían tan limpias y tan tersas sus caprichosas sinuosidades, que las mismas asperezas semejabán facetas de

granate y fingian otros tantos focos de luz. ¡Era el misterio oriental!

En el tejido celular de la maravillosa piel había grabada esta leyenda:

“Si llegas a poseerme, todo lo poseerás, pero tu vida me pertenecerá. Desea y tus deseos serán cumplidos. Pero arregla tus deseos a tu vida. Ella soy yo. A cada deseo menguaré, y conmigo menguarán tus días. ¿Me quieres? Tómame.”

—Necesito examinar esa piel—dijo el melancólico candidato al suicidio, y el nigromante le alargó un puñal.

No pudo cortarla. No pudo atravesarla. Cuando hubo levantado una leve capa de cuero, las letras siguieron apareciendo dentro claras y distintas como en la superficie.

—¡Sí; quiero vivir!—exclamó Rafael, estrujando tembloroso el misterioso pedazo de cuero...

Y entonó un infernal himno a la vida...

—Sí; quiero vivir y que mis noches sean espléndidas en amor y en orgía; que a mi voz todos los placeres se refundan en uno solo; que la fortuna sea mi cortesana; que la riqueza y el fausto y la gloria vayan siempre conmigo...

El mago se apresuró a exclamar:

—¡Trato hecho! He ahí el *querer* y el *poder* reunidos: sueños, ambiciones, desórdenes del placer, de la vanidad y del oro; cuanto imagines y cuanto desees, todo lo verás realizado. Pero recuérdalo bien: nada de eso será sino a costa de tu vida. El círculo de tus días, representado por esa piel, irá abreviándose, abreviándose se-

gún la fuerza y el número de tus deseos... Si-
gues, por tanto, caminando hacia el suicidio.

Desde ese punto, *Piel de Zapa* adquiere una fuerza trágica que la antigua musa no pudo utilizar para sus fatalismos sombríos. *Prometeo* representa el dolor impuesto y no buscado; si él pudiera abandonar su roca no respondería con lamentos, sino con alegres voces de gratitud y amor a las dulces y generosas *Oceanidas*. El *Rafael* de Balzac es un verdadero “autófago”. Desde que posee el talismán, va devorando su propia vida. Cada uno de sus dolores corresponde a cada una de sus alegrías. Cada deseo de libertad es un hierro con que se refuerza su prisión. Odia la miseria, pero la riqueza que surge pródiga y brillante significa miseria mayor: la de su espíritu, entenebrecido y aterrado, viendo cómo el pedazo de piel va implacablemente desapareciendo.

El amor enardece su sangre y despeña su imaginación: pero en el beso, que sabe a gloria; en el abrazo, que hace pasar de uno a otro cuerpo una y otra alma; en la aparición del sueño y del ideal bajo la forma palpitante y tangible de la mujer, toda belleza, toda canción, toda locura y toda abandono, no hay sino pasos y más pasos hacia la muerte.

La terrible piel sigue encogiéndose, y sobre el amor, y sobre la fortuna, y sobre la vanidad, y sobre el brillante y tumultuoso oleaje de todos los placeres y de todos los deseos cumpli-

dos, flota la profecía del nigromante, sin que la realidad desconsoladora pueda oponerle un mentís o una esperanza.

Sin embargo, el héroe de Balzac no se rinde: angustiado, casi enloquecido, al advertir cómo mengua y mengua el siniestro y maravilloso talismán, continúa pronunciando un insaciable "Quiero". Sus labios aplacan la sed en todas las fuentes, y la engañosa Felicidad deja para él sin una flor sus jardines. Mas cuando del pedazo de piel no queda sino leve partícula, el terror se hace espantoso y la culpa y locura se hacen enmienda y arrepentimiento.

El infeliz condenado no quiere ver ni oír, no quiere saber, no quiere desear nada. Que aquella partícula subsista. Que aquel breve punto de apoyo no se pierda... Para ello cerrará los ojos a la luz, el pecho al amor, la boca a la gula, su casa a la riqueza... ¡Paz y reposo!

Invocación inútil. Con el último deseo no queda ni rastro del amuleto brahminico...

El reposo y la paz están en la muerte.

Y esa es la novela de Balzac y esa es la novela de España; en ella estamos y aparecemos todos y cada uno de los españoles: aquél que gobierna, el otro que se deja gobernar, usted que lee, yo que escribo...

En Francia, en Rusia, en Alemania y en cualquier parte el *Rafael* de Balzac es de una amarga y humana filosofía: es el hombre ascendiendo en un sueño de gloria, de amor y de riqueza >>>

la dorada escala de Jacob, para caer miserablemente desde el cielo a la tierra.

Entre nosotros, el simbolismo es mayor: el pedazo de piel de zapa es España misma, y el héroe español, triste y atormentado, lleva tal o cual nombre, pero su historia es la negra historia de aquél.

Durante años y años todos venimos pronunciando el imperioso ¡quiero!, y el coro de las brujas de *Macbet*, recordado oportunamente por Donoso, no ha cesado de decir: al elector, tú serás cacique; al cacique, tú serás alcalde; al alcalde, tú serás gobernador; al gobernador, tú serás diputado; al diputado, tú serás ministro; al ministro, tú dispondrás, tú cortarás, tú rajarás, tú sobre las leyes, tú sobre la conveniencia pública, tú sobre la opinión, tú sobre todos podrás organizar el país en bandos y en compañías explotadoras del Poder, repartirás pueblos y provincias; sacarás, como Dios, hombres y cosas de la nada, y bajo tu dirección tutelar, colonias, administración, Hacienda, Ejército y Marina, todo quedará entregado a este o aquel interés que grita, a esta o aquella ambición que pide urgentemente ser satisfecha...

Y a cada uno de estos gritos, a cada una de esas satisfacciones al pecado, al mal y a la injusticia, la piel de zapa—España—ha ido encogiéndose, encogiéndose...

Credenciales, honores, franquicias, exenciones, Audiencias, Juzgados, condonación de tributos, beneficios en el Arancel, entrega de mercados coloniales, hartura de los unos por el hambre de los otros, desnudez de éstos para

que aquéllos muevan su telar: recomendación, yernocracia, la incapacidad laureada, la pereza mental resolviendo los problemas de vida y muerte... ¿No es ese el índice de la historia contemporánea?...

Y la piel de zapa—España—ha ido encogiéndose, encogiéndose...

En larga sucesión de sistemas, y de partidos, y de Gobiernos, ni un partido, ni un Gobierno, ni una clase social han dejado de pedir maravillas y golpes de fortuna...

Y la piel de zapa—España—ha ido encogiéndose, encogiéndose...

Pero llega la guerra: Cavite, Santiago de Cuba, Ponce, Manila, Paris...

Y, ¡ay!, todo lo que resta de la pobre piel de zapa lo trae en su cartera de viaje el Sr. Montero Ríos...

COSAS [DE HAMLET

Ya que no se puede hablar de la vida, hablemos de la muerte. Ofrecen oportuna ocasión para ello las últimas declaraciones del conde de Romanones. Después de oír al alcalde hay que evocar las siniestras ironías, las grandes y supremas sacudidas con que el alma dolorosa de Hamlet afronta el eterno problema de la nada, del sueño, de la inmortalidad...

Probablemente el espíritu joven y rozagante del conde de Romanones no ha llegado aún a esa hora crítica y melancólica en que la desilusión y el sufrimiento van y vienen del amargo monólogo sespiriano a las mayores desolaciones de la *Imitación de Cristo*.

Pero con toda su lozanía, he aquí que el conde de Romanones escribe sobre todas las vanidades del mundo un inmenso epitafio. La trágica musa de la Trapa no habría hallado materia más abundante para sus sombrías oraciones. Oigarnos al alcalde:

—Desde que se inauguró el Cementerio del Este hasta la fecha han sido enterrados en él doscientos mil cadáveres.

¡Doscientos mil cadáveres! En el espacio de unos diez años más de la mitad de Madrid bajo tierra. Un verdadero ejército de combatientes, lanzados a las más fieras batallas humanas, peregrinos del amor, del dinero, de la ambición, de la fortuna, del arte y del poder, deshecho silenciosamente, desarmado de pronto y envuelto por una sombra que nunca ya se aclarará, caído en un abismo a cuyo borde crecen temporalmente flores de piedad, muy luego marchitas, después secas para siempre por la última muerte: por el olvido. Ante la cifra escueta, apréciese con verdadera exactitud espiritual el valor de la vida. La papeleta mortuoria o la simple noticia necrológica no dan idea justa del destroz; no representan bien el inmenso derrumbamiento... La cifra de 200.000 cadáveres es mucho más elocuente.

“Eso” es todo un pueblo; es casi la ciudad. Y al través de la cifra lúgubre se piensa en el Madrid brillante, febril, disputador, alegre, embriagado de luz y sangre y ruido en la Plaza de Toros, galante y galanteador en los teatros, picaresco y trasnochador en Fornos, rumoroso y apasionado en las galerías del Congreso, inquieto y codicioso en la Bolsa, empujado a toda hora y en todas partes a unas eternas nupcias con la felicidad... Y todo eso ¿dónde está? Duerme el mismo sueño que Pompeya. Siglos o años, el silencio es el mismo, todo polvo, ceniza, nada.

Mientras leía yo las palabras del alcalde, destataba la señorita Bordas el hilo de perlas de su voz... Era una cascada suave deshaciéndose en una ilusión de espuma. El público seguía embelesado. El teatro, rebosante, “estalló” en aplausos. Voces de triunfo, multitud que se recrea en el arte, gente que baña voluptuosamente su espíritu en la onda juguetona y luminosa de la vida... ¿Y qué? No esta multitud, veinte multitudes como ésta aplaudían y se entusiasmaban, tal vez aquí mismo, diez años, seis años, cuatro años ha. Y “aquel” hilo de perlas ya no es sarta, y aquellas canciones que llegaban al corazón ya no pueden ser repetidas por bocas descarnadas, y aquellos oídos que escuchaban están sordos para todo lo que no sea voz de eternidad, y aquellas manos que aplaudían son manojos de huesos...

La voz dulce y penetrante de la tiple, sus arpeggios de pájaro cantor, estremecido sobre la rama, siguen resonando como amoroso brindis a una luz eterna y a una poesía infinita...

Pero la cifra continúa diciendo: *¡200.000!*, y la poesía vélese ruborosa y la luz palidece. ¡Casi toda una ciudad desaparecida en diez años! ¡Qué tragedia! Y en tragedia semejante resalta el gran crimen social que lentamente va eligiendo sus víctimas, sin que ni Gobiernos, ni partidos, ni clases, ni asociaciones salgan valerosamente a su paso.

Doscientos mil cadáveres en el espacio de unos cuantos años suponen casi otros tantos delitos. En la negra obra se denuncia el tugurio donde el hombre regresa a la bestialidad y la

familia cristiana se convierte en grupo salvaje; adviértese la huella del panadero que no da pan, del vinatero que no da vino, del carnicero que no da carne, de todos aquellos empresarios de la muerte que hacen de la alimentación de un pueblo un verdadero lujo y de la anemia y la escrófula dos azotes inevitables.

Aparecen del mismo modo, al lado de las infecciones materiales, las infecciones morales: la injusticia, que irrita y desespera y enloquece; la ruina, que aventaja el hogar; los mil y mil golpes contrarios de eso que se llama Fortuna y que mil y mil veces no son otra cosa que el triunfo de los siete pecados capitales sobre los débiles y los tristes...

¿Una prueba? Terminemos con otras palabras del alcalde.

—La necesidad urgente de la construcción de la Necrópolis aparece, desde luego, al considerar que existen cementerios en el casco de la población cuya clausura data de veinte años a la fecha, y en los que se hallan al descubierto, por el estado de ruina de las sepulturas, los restos de nuestros antepasados. Además, en las crudas noches invernales acuden a esos lugares multitud de golfos que se guarecen en los destruidos nichos, profanando tierra consagrada sólo a los que dejaron de ser.

En las crudas noches invernales multitud de golfos buscan lecho y reposo en una tumba vacía. ¿No es eso ya un anticipo de la muerte?

—Morir... Dormir...—murmuraba Hamlet.

Y el golfo madrileño, que dentro de diez años

será contado entre los doscientos mil habitantes de la proyectada Necrópolis, resuelve el problema diciendo, con su desenvoltura de gorrión callejero:

—Morir... Dormir... Son la misma cosa.

trope en melancolía...
la letra de la obra...
de una época de...
un del período...
gala el Congreso...
militar...
en a poder...
responsabilidades...
Y desde entonces...
no se...
del...
cha. La última...
hay...

CONTRA UNA LEYENDA

VOCES DEL DESASTRE

Un periódico de la extrema derecha ha renovado en estos días la consabida injuria contra la Prensa liberal; esta Prensa es la que empujó ejércitos, escuadras y nación al desastre. Tal afirmación ha tenido adecuada y aplastante respuesta. *El Liberal* ha recordado, con exacta oportunidad, cuán furiosamente aquel periódico "quintanizaba", en 1898, con música de Chueca. No es, en verdad, esa injusticia más culpable que la cometida por tanta gente olvidadiza como anda por el mundo. Unos y otros han escuchado insistentemente esa canción al Sr. Maura; después, con letra catalana, ha pasado al repertorio del Sr. Cambó, y en fuerza de audiciones, ciertos oídos se han hecho al *ritornello* inicuo, con la misma sensibilidad espiritual y artística con que abren el alma a las notas ignacianas de un *Ruja Satán*... Ya en el debate acerca de Nozaleda—trance revelador de un gesto altivo y fiero materializado en escayola—an-
duvo por los aires, de discurso en discurso y de

tropo en metáfora, todo el horror imputable a la letra de molde. Desde Baire a Cavite, no había sino surcos de maldición abiertos por la pluma del periodista... El mismo día en que llegaba al Congreso la noticia de un gran conflicto militar surgido en Barcelona, volvía el Sr. Maura a poner en la cuenta de la Prensa enormes responsabilidades por la no olvidada catástrofe. Y desde entonces el odio no ha disminuido; como si el alma del Sr. Maura fuera una ribera del Nilo, ese odio dobla todos los años su cosecha. La última se llama ley del Terrorismo. No hay trojes para recogerla; pero, poniendo eso aparte, ya que hoy se renueva la imputación de "patrioterismo" criminal contra la Prensa, ya que vuelve a estar al orden del día maurista el influjo exclusivo de los periódicos liberales en el desastre colonial, bueno será que comencemos a rectificar una leyenda que, de subsistir, habrá de ser con notables acotaciones.

Un día parece avivarse el rescoldo de Cuba. Del rescoldo sale algo más que calor: salta una chispa. Se conoció "aquello" con el nombre de los hermanos Sartorius. Ya estaba el grito de Baire en las gargantas. Es asunto de meses el que la calamidad se levante y ande. Todo indica la proximidad del cataclismo. Martí tiene ya hecha su organización de combate. No queda un Estado yanqui sin un Centro de laborantismo cubano. La comunicación con la isla es incesante. La fuerza española está dividida. El

autonomismo, desautorizado. Digamos, sin embargo, cómo el espíritu previsor del ministro de Ultramar mide la extensión y la profundidad de aquel abismo:

—Se ha visto claro la inutilidad de esos intentos, completamente insensatos, que no pueden ser tomados en serio, porque está demostrado que la opinión de Cuba en todos sus matices está tan al lado de la paz, de los intereses del orden y de la integridad de la patria, tan al lado en estos asuntos del Gobierno de España, que ahora sí que tenemos una prenda, que no digo que nos excuse, ¡ojalá nos excusara!, de gravar a Cuba con gastos militares; pero prenda, sin embargo, que vale más que todos cuantos ejércitos pudiéramos poner en Cuba y que todo género de sacrificios que pudiéramos imponer al contribuyente, porque constituye una defensa invencible, que consiste en la voluntad unánime de todas las fuerzas que allí existen de estar al lado del Gobierno para rechazar en sus gérmenes todo movimiento de esa especie...

Así hablaba... ¿Zaratustra? ¿Un periodista "metido" a ministro? No. Así hablaba en 19 de mayo de 1893 un ministro de Ultramar que se llamaba D. Antonio Maura, todavía mortal, aunque predestinado a la divinidad y al imperio.

Por cierto que años más tarde, un elocuente joven conservador, Manuel de Burgos —quien sabe si aún pugna con la pesadumbre de tal recuerdo—, repitiendo la lírica estrofa del señor Maura, hubo de someterlo a este tormento de lógica:

—Después de eso—le dijo—el Sr. Maura está

cogido en un dilema espantoso: o su señoría, sin conocer el estado social de Cuba, quiso aplicar unas leyes que no podían ser congruentes con ese estado, o solamente después de presentado y conocido el proyecto de reformas de su señoría allí, se agitó la opinión y nacieron esos funestos gérmenes que nos han traído la guerra... Opto por el término de que su señoría no conocía el estado de la isla...

El Sr. Burgos no era entonces periodista: era una notable personalidad del partido conservador que hallaba responsabilidades, no en la Prensa, sino en este o en aquel hombre público, en esta o en aquella política. Una razón de amabilidad impone la omisión del largo batallar del Sr. Rodríguez San Pedro contra cuanto pudiera significar, en la pacificación de Cuba, el pensamiento del Sr. Maura; pero ¿se quiere ver compendiada toda la doctrina conservadora antimaurista? ¿Se quiere saber a quién imputan el desastre los hombres de ese mismo partido que hoy corean las acusaciones contra la Prensa? ¿Se desea conocer la fuerza impulsora de ejército y escuadras?

Un hombre grave se encara con el Sr. Maura, frente a frente, y le lee una página entera de Martí, que empieza de este modo: "Las reformas de Maura nos han ayudado mucho..." Y después de la lectura, aquel hombre exclama: "España no puede abandonar a aquellos españoles para que vivan bajo la bandera de Cuba independiente... Eso sería venir a arrancarle del seno de la civilización para arrojarle en las tinieblas y en los horrores de la barbarie... Es-

paña tampoco, por su dignidad y por su honor, puede desfallecer en la contienda." Todo eso decía el 13 de julio de 1898 el Sr. Santos Guzmán, que no era ni es un periodista, sino que era entonces un diputado conservador, como es hoy un consejero de Estado.

Hubo un hombre—Moret—que midió con exactitud la situación de España. No tenía él la independencia política de Pi ni de Salmerón, grandes individualidades dentro de partidos casi en disolución; sin embargo, llegó Moret a romper las mallas de la disciplina y se alejó del Gobierno... Pero en las colectividades turbulentas, ¿hábiale alguien prestado ayuda ni calor? Silvela acababa de pronunciar la palabra "liquidación", y la palabra murió en sus labios... Moret le dijo amargamente: "En aquel día (en que el Sr. Silvela hablara de liquidación), tuvo su señoría una posición única en España; en aquel día pudo su señoría ser el que decidiera de la paz. ¿Para qué había hablado su señoría de "liquidación", si el día en que yo le llamé en el Parlamento a contestar sobre eso no tuvo a bien contestar? ¡Ah! Teníamos nosotros miedo... ¿Era acaso valor lo que tuvo su señoría en aquella ocasión?"

Y Silvela—que no era un periodista—respondió melancólicamente: "Yo he reconocido siempre, Sr. Moret, que, puesta ya la cuestión en aquel caso, la guerra era absolutamente inevitable; no se trataba de razonar, sino de sentir; el rubor subía a nuestras mejillas; era preciso luchar..."

Toda esa prosa fúnebre aparece en un *Diario*

de las Sesiones del 24 de febrero de 1899, como un salmo penitencial de toda nuestra política. La última página ciérrala una nobilísima declaración de Romero Robledo; respondiendo a un movimiento irónico de Silvela, afirmó el influjo incontrastable y decisivo del Parlamento en la catástrofe: "La influencia de nuestros discursos no puede negarse; los periódicos han dicho que un discurso mío hizo salir la escuadra del puerto de Santiago de Cuba. Es posible..." Y levantando aquel corazón, que no fué ribera del Nilo para el odio, se anticipó a la Historia proclamando esta honrada verdad: "Hemos conservado Cuba mientras los Estados Unidos pesaban y medían la conveniencia de poseerla. Resuelto nuestro poderoso rival a disputárnosla, ¿qué podríamos hacer aquí ni desde aquí monárquicos ni republicanos, liberales ni conservadores? La obra estaba por encima de nuestras fuerzas." Fué ésta la última palabra pronunciada en aquellas Cortes que aprobaron la declaración de guerra.

Pero ya que es en la extrema derecha — de Maura a D. Carlos—donde se autoriza la ley terrorista por el recuerdo de la "patriotería periodística" en vispera de la guerra, abro un tomo de *El Correo Español* por la fecha de 9 de abril de 1898. En muy visible tipo titular léese seguidamente: "Nuestra deshonra, consumada." Es que, "según se dice", los ministros se han reunido para tratar de un arreglo amis-

toso con los Estados Unidos... Todo era creíble y la explicación muy sencilla: "Los periódicos rotativos *El Imparcial*, ayer mañana, y el *Heraldo*, anoche, y algún otro, como *La Epoca*, siguen manoseando la palabra prudencia, más o menos directamente, censurando a los patriotas que en estos últimos días han excitado a la canalla de Aguilera con el hermoso grito de ¡Viva España!"

El entusiasmo patriótico de ese texto—fiel absolutamente—ennoblece esa voz de arroyo que se desborda.

No. Ningún terror como el que sintieran entonces los carlistas. ¿Qué podían significar los artículos de unos cuantos periódicos al lado de la actitud ardorosa y resuelta de un partido tres veces en guerra civil?

El general carlista Cavero escribía al conde de Xiquena: "Interpón tu influencia como ministro; quiero empuñar un fusil, una espada o un hacha de abordaje contra los Estados Unidos."

Una tarde, ausente de Madrid Augusto Figueroa y hallándome yo al frente del *Heraldo*, recibí carta "urgente" de Vázquez Mella. Quería verme, y quería verme de momento. Cuando llegó a la Redacción, encontrábame en plena faena. Iban y venían los redactores. Canalejas, rodeado de amigos y visitantes, comentaba los telegramas y las informaciones. La llegada de Mella produjo inmensa curiosidad. Para apartarlo de ella le conduje a un despacho lejano... Yo tengo para el portentoso orador carlista un cariño tan grande como la admiración. No dis-

cutimos nunca; menos peleamos. La Historia, el Arte, la Filosofía son como zonas de neutralidad espiritual donde él se coloca y yo le sigo. En aquel estrecho espacio, rincón de infierno liberal, plegaba sus alas el águila del tradicionalismo. Acababa de abandonar la roca. Desde ella había clamado a los vientos y a las generaciones: "España, España no puede venir un día sobre aquellas ondas que cruzaron las carabelas, arrastrando como un crespón funeral nuestra bandera desgarrada... España puede caer en un Guadalete, en un Trafalgar; pero no puede salir así de América... Esta España gloriosísima y prepotente en días mejores, no puede dejar una mancha roja en medio del océano, como si fuera una lápida funeraria. No. Nosotros tenemos que salir de allí con esplendor y con grandeza. El pueblo que tiene las tradiciones del nuestro; el pueblo que tiene la sangre del pueblo español y el valor heroico que ahora está demostrando, tiene que venir de América de otra manera; tiene que venir después de una catástrofe gigantesca, si es necesario, o después de una inmensa y definitiva victoria; pero expulsada indignamente, jamás."

Yo recordaba el frenético estallido de la Cámara; su aplauso delirante; la emoción transmitida como un sacudimiento eléctrico por aquel hombre apoplético, jadeante, ahondando la mirada en el misterio del destino, y queriendo con su elocuencia, como peña en medio de un río, torcer el torrente de la Historia...

—¿Qué trae usted por estos mundos del pecado?

Mella me mostró un elegante sobre...

—Traigo a usted lo que nadie a estas horas conoce. Ni Cerralbo. Ni los redactores de *El Correo Español*. Nadie, en suma... Es el *Manifiesto* de don Carlos...

—¡Manifiesto! ¿Y sobre qué?

—¡Ah! La guerra... O el Gobierno la declara a los Estados Unidos, o don Carlos la declara al Gobierno...

Mella sacó del sobre dos o tres plieguecillos de apaisado papel, fuerte y satinado; papel de gran señor, tal vez de gran dama. No había allí indicio de documento político. La letra era de trazo firme, clara y hermosa; pero con la afectación de moda entonces y hoy, larga y a la inglesa, sin accidentes, sin personal estilo, sin denunciar un tumulto del corazón o una revolución de los nervios. Pero engaña, en verdad, la letra inglesa. Aquellas líneas, extensamente impasibles, cantaban y rugían. Mella comenzó leyendo:

—“Sí, querido Mella; en los confines de esa tierra de Navarra que acaba de elegirte como uno de sus dignos representantes tuve el dolor de despedirme de España y anuncié que volvería. Acércase tal vez la hora de cumplir la sagrada promesa, y por eso me dirijo a ti, como apoderado que eres de mi inolvidable Estrella, la capital guerrera de la guerrera Navarra.”

En esta frase, el sonido onomatopéyico enardecido a Mella, y el orador declamó el resto como una mezcla de arenga y de estrofa:

—“Los Gobiernos de Madrid pueden hacer inevitable y hasta inminente un llamamiento a

la lucha armada si continúan dejando arrastrar por el lodo la bandera española. En ejércitos que no son el heroico ejército español, cuando en una batalla comprometida hay regimientos desmoralizados o cobardes, colócanse a retaguardia cañones cargados de metralla que obligan a batirse a la desesperada a los que temen más la muerte que el deshonor. Apelo a ese recurso supremo para imponer el patriotismo a los degenerados partidos y consejeros de la Regencia. Si sólo por el miedo puede obligarse al combate, no les permitamos la humillante salvación de la fuga, ya que en sus manos tremola, por desgracia, la bandera amarilla y roja. Que adelante con ella contra los Estados Unidos o que sepan que, si retroceden, me hallarán a mí, guardián del honor español, dispuesto a arrancarles por la fuerza esa enseña gloriosa y a derrocar las instituciones usurpadoras que nos llevan a la ignominia...”

La carta seguía... Mella, mi amigo cariñoso, brindábame aquel triunfo periodístico. El *Heraldo* — y sólo el *Heraldo* — podría publicar aquella noche documento de sensación y de transcendencia semejantes. Y cuando me alargaba los satinados y regios plieguecillos, díjele yo sin una palabra de vacilación:

—Difícilmente habrá una tentación mayor; pero me sobrepongo a ella. El *Heraldo* dispone de una fuerza inmensa. Su tirada pasa hoy de 112.000 ejemplares. Si el Gobierno va a la declaración de guerra después de publicada en el *Heraldo* la carta de don Carlos, ¿hasta qué punto habría dejado de colaborar el periódico

en la eficacia de la excitación o la amenaza? Ni un periódico ni un periodista podrían perdonarse ni ser perdonados precipitando al Gobierno en una resolución que ha de significar algo terrible e irreparable para España... Renuncio, querido Mella, al triunfo profesional; en este momento, ni usted ni yo podemos ser periodistas, sino españoles.

El alma noble de Mella se asomó a sus ojos; guardó la carta y me abrazó.

Pocos días después se publicaba en *El Correo Español* el *Manifiesto* de don Carlos, y el Gobierno hacía la declaración de guerra a los Estados Unidos, y eran suspendidas las garantías constitucionales, y el país fué recluído en su propia tristeza o en su propio escepticismo, y la Prensa quedó entregada a la censura de Guerra, y un gran orador que se llamaba D. Antonio Maura encargóse en aquella ocasión... ¿en aconsejar la paz? ¿En levantarse como Thiers contra los gritos de ¡A Berlín!? No. En presidir la Comisión parlamentaria que aprobó la suspensión de garantías, es decir, la caída entre sombras y la muerte en silencio.

DANZA MACABRA

Con la terminación de nuestro imperio colonial se ha apoderado de mucha gente en España un espíritu macabro. Ya están en Cádiz los restos de Colón. Han sido trasladados también los de Vara de Rey, Santocildes, Eloy Gonzalo y Bustamante. Hay quien pide el mismo viaje de retorno para las cenizas de Legazpi. Y en este rescate de huesos y en esta monomanía fúnebre-patriótica, cada pueblo va a demandar los cadáveres de sus soldados, y tendremos que alistar para los muertos tantos buques repatriadores como estamos empleando para los vivos.

A semejante danza macabra quiere corresponder nuestro excelente y simpático amigo el conde de Romanones con una medida no menos radical: el alcalde va a borrar de una plumada los nombres de las calles que recuerden regiones o ciudades de nuestro perdido imperio.

Esta medida se corresponde exactamente con otra anterior y original del señor ministro de la Guerra. Ya "oportunamente" el general Coarrea ha "confirmado" con nuevos nombres aquellos regimientos y batallones que recorda-

ran por su histórica denominación a Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Todo ese ir y venir de carcomidos huesos, todo ese trabajo de confirmación, toda esa labor de piqueta sobre unos cuantos ladrillos, parecería puerilidad impropia de un momento tan doloroso y tan serio como el presente si no fuera obra antipolítica, nada conforme con la misma grandeza de nuestra historia en América y Oceanía.

¿En qué puede ni debe preocuparnos el sitio donde reposen, al abrigo del viento, unos cuantos puñados de polvo? ¿Está encerrado Colón entre cuatro tablas más o menos recias y engalanadas? La catedral de La Habana o la catedral de Sevilla... ¿Qué más da? Colón no es nada de eso. Colón es su epopeya. Colón es el descubrimiento providencial de un mundo. Colón es aquella maravillosa fe con que desde Córdoba a la Rábida y desde la Rábida a Granada ni se entibía ni sucumbe, y siempre viva y alentadora, no aparta un momento los ojos de una visión sublime... Colón es la salida de Palos, es la navegación tormentosa, es la lucha con los elementos y con los hombres, es el grito de "¡Tierra!" cuando la esperanza estaba moribunda, es la entrada victoriosa en lo desconocido, la triunfal violación de un misterio de siglos. Colón es la traslación de la Cruz desde una a otra humanidad, el ensanchamiento del Calvario, la edición universal del Evangelio. ¿Qué importa lo demás? Ni sus tristezas ni sus prisiones, ni su muerte ni su tumba dan ni qui-

tan a su obra y su nombre, a su excelsitud y a su gloria.

La ceniza, el polvo, los huesos... ¡Bah! ¿Quién sabe de los de Alejandro? ¿Dónde están los de César? ¿Qué tiene que hacer la leyenda napoleónica con la columna de los Inválidos?

La Historia es más grande y más comprensiva, y no se alimenta de materiales despojos; su ambiente es moral, su reino es el de las almas.

El mismo camino de Paros es inútil para la gloria. Cuando la barbarie o el tiempo rompen los brazos a la diosa de Milo, todavía no han hecho nada contra Grecia. Su inmortalidad está en su espíritu, que ríe y canta y triunfa y enamora, evocada por el germano Goethe o por el bretón Renan, orando ante la Acrópolis.

* * *

Nuestros héroes, nuestros mártires... Uno, dos, veinte, un millar de ellos que volvieran para ser sepultados con pompa en tierra española, ¿serían todo el heroísmo y todo el martirio y toda la sangre que suponen nuestras luchas de conquista y civilización en Filipinas y América?

¿Y qué conseguiríamos, señor alcalde, con quitar el nombre a unas cuantas calles? ¿Qué piqueta sería bastante fuerte contra la gran Calle de la Historia?

Y después, sean cuales fuesen las ingratitudes que nos amargan y los dolores que llevemos en el corazón, España no puede ser suprimida en su antiguo imperio colonial. De allí han des-

aparecido nuestra bandera, nuestros símbolos de autoridad, el gobernador, el juez, el arancel, el fusil; pero queda lo que no hay modo de que desaparezca sin el suicidio colectivo de aquellos pueblos. En América y en Filipinas, en América sobre todo, pueden ser cantados por nosotros los versos del insigne Tassara:

Por tristes que halles las antiguas prendas,
las flores mustias, los verdes secos,
a mí te llevarán todas las sendas
y de mí te hablarán todos los ecos.

No ocultemos entonces nuestro pasado... Vencidos, desangrados, todavía España puede presentar ante el mundo, renovada en ella con grandeza, la fábula, divinizada por la antigüedad, del ave mitológica dando de comer el propio corazón a sus hijos.

DELIBERANDO

Han acudido personajes y más personajes a la Presidencia; todavía está funcionando el telégrafo, y Dios sabe cuándo hará punto en su tarea el Sr. Sagasta, gran confesor de estos reinos. Castelar ha sido llamado. Canalejas está en camino. Estamos, pues, en plenas Cortes, aunque sin salón, sin presidente, sin tribunas y sin maceros.

Esto a que asistimos en espíritu es algo semejante a la "representación" de un drama inédito en el cuarto de un actor. Entre unos cuantos comediantes y críticos van desfilando pasiones, nombres, acción, caracteres... El público, y hasta la *claque* (léase mayoría parlamentaria), dirán que *sí* o que *no* cuando el areópago lo consienta.

...El Sr. Sagasta abre la puertecilla de su despacho y melosamente va diciendo: "¡Hola, Romero! ¡Hola, Silvela! ¡Hola, duque! ¡Hola, general!", y van entrando los patriotismos, las indignaciones, los odios... Entran, y el Sr. Sagasta sonríe. Lo que allí entra, allí se queda. ¡Un ideal! Rouner, en Francia, imaginó un régimen

parlamentario por ese estilo: voces en la soledad de una Cámara sin ventanas a la calle; movimientos en la sombra. Imaginó eso, y el día en que lo imaginó mató el Imperio. Bravo Murillo y González Bravo tuvieron también los mismos pruritos, y el uno preparó la revolución del 54 y el otro la de septiembre. El Sr. Sagasta, que es un Policrates de la policía, individualiza el régimen, lo pulveriza, lo hace funcionar por átomos y por moléculas, y tiene la fortuna de que los más ofendidos se rindan a su sistema, prestándose a “deliberar”, no en una Cámara, donde el aliento del patriotismo acalora las almas, sino en un despacho burocrático donde el único auditor ha hecho rasgo saliente de su carácter el escuchar con idéntica atención así la lluvia que cae como la palabra que pasa.

No sé, no sé hasta dónde podrá llevar el señor Sagasta esta gran tragicomedia de su confesionario; no sé si, como quien caza pájaros con liga, querrá ir cogiendo uno a uno, aun los españoles de más modesta condición; no sé, no sé si cuando pase el turno de los ex ministros, de los generales, de los jefes de grupo, de las grandes individualidades parlamentarias, irá “corriéndosele la romana” hasta dar en poner *besalamanos* a los periodistas; pero si eso llegara y yo recibiera uno, pediría al general Weyler o a Nocedal la pluma con que han dado las gracias al dictador por la disparatada honra de su cita. De nadie estoy tan lejos en el mundo como de Weyler o Nocedal; de algunos de los que han asistido a la Presidencia estoy bastante cerca; pero, francamente, y hablando en

“suelto”, no puedo explicarme que ninguna conveniencia patriótica ni aun monárquica pueda imponer a nadie el sacrificio de paciencia que supone una consulta en que sólo es admisible la conformidad, no habiendo modo de que se abra camino juicio contrario al del Gobierno.

Y además, ¿qué acuerdo ha sido nunca firme con el Sr. Sagasta? Referíame un día D. Antonio Cánovas cierta inteligencia a que llegara en asunto parlamentario con el Sr. Sagasta. Y a pesar de aquella inteligencia, los amigos del Sr. Sagasta hicieron cosa distinta... “No me acordé de comunicarlo”, dijo el Sr. Sagasta. Y el Sr. Cánovas ponía en su relación esta moraleja: “De todas las formas que la ociosidad ha inventado para perder el tiempo, ninguna es tan eficaz como el tratar algo con Sagasta.”

¿Es que el hombre y el gobernante han variado? ¡Ya se está viendo! No consultó a nadie sobre la concesión de la autonomía; no consultó a nadie para declarar en documento oficial y solemne que esa misma autonomía “era la paz en Cuba y era la paz con los Estados Unidos”; no consultó a nadie tampoco cuando, para responder al *ultimatum* de Woodford, encargó al Sr. Gullón que descolgara de la espetera la vieja pluma miliciana; no consultó con alma viviente la situación en que la Marina estaba ni el abandono—ya también entonces irremediable—de toda defensa en Filipinas y en Puerto Rico... ¿A quién llamó el Sr. Sagasta en aquellos días? ¿De quién se asesoró para quitar toda acción al Parlamento e impedir toda

critica a la Prensa? ¿Cuándo apeló al patriotismo de esa Prensa y de ese Parlamento?

—No hay remedio—exclama con la más dramática voz de su repertorio el Sr. Sagasta—. ¡No hay remedio, y todos deben ayudar a España!

A España, sí; pero, ¿cómo? ¿De qué manera? Los próceres que entran en el despacho de su excelencia, ¿pueden elegir? ¿Pueden opinar entre la guerra, que sólo es ya una sublime locura, y la paz, que es...? ¡Quién puede decir lo que es la paz!

* * *

Se consulta a la opinión, como la consultó Castelar: antes de que la suerte esté echada. Cuando se consulta de otro modo, lo único que se pretende es hallar en cada consejero al cortesano aquel que respondía a Luis XIV: “Es la hora que V. M. quiera.”

Consultar así no es salvar a España, es salvarse un hombre.

Después de consumada la inmensa desdicha, vendrán los debates parlamentarios: “Su señoría me dijo... Su señoría me respondió... Yo dije a su señoría.” Y el señor Sagasta, con dos golpes de melena y otros dos sobre el pupitre, se encontrará en disposición de declarar que nada se habría perdido si se hubiera hecho lo que él tenía pensado... Y citará testigos, y Silvela y Tejuán y Martínez Campos y Romero y todos los que vayan lucharán con las mallas de la red y saldrán de ella heridos o arañados.

Deplorémoslo como españoles y sintámoslo también como artistas: “He ahí a Castelar; también es llamado y acaso acudirá a la Presidencia. Y si acude, ¡qué manera tan lamentable de reproducirse tiene la Historia! Castelar encerrado con Sagasta, pronunciando una grande oración (¿no ha de serlo dado el asunto?), recuerda a Cicerón cuando, cediendo a un capricho de César, ya dictador, declamó, “sólo para que César lo oyera”, una de sus catilinarias... “Habla, ya te escucho”, dijo el dueño de Roma, recogiendo su espíritu religiosamente. Y Cicerón se imitó a sí mismo. Pero Sagasta es Sagasta y Castelar es Castelar todavía.

AÑO MALDITO

AL ACABAR (1)

Un enemigo menos. ¡Y qué enemigo! En nuestra Historia pocos han sido tan adversos, ninguno tan triste.—En todas nuestras caídas ha habido siempre algo interior que ha permanecido fieramente, hermosamente en pie. El agujero de Covadonga, estrecho y sombrío, no nos sirvió de tumba: fué claro ventanal desde donde cambiamos con la esperanza saludos y sonrisas.—Ni entonces ni después con la patria despedazada, las taifas sueltas, la guerra civil disolviéndonos, la guerra extranjera aniquilándonos, ha logrado la fatalidad arrancar de nuestra alma la fe en nosotros mismos, y por encima de un Guadalete y de un Aljubarrota y de un Rocroi y de un Trafalgar y de un Zaragoza, el espíritu invencible de la raza ha seguido entonando un *Ave* casi místico a España.

Con el caudal de nuestras virtudes para el trabajo y el sacrificio, con el orgullo de haber

(1) El 1898.

puesto en la obra del mundo cristiano tantas ideas, tanta generosidad y más sangre que pueblo alguno, despreciadores del dinero y de la muerte, hechos a mirar cara a cara la fortuna, navegantes de todos los mares, cultivadores de todas las floras, gente que no se estremece de frío en el Báltico ni se abrasa de calor en los trópicos, ¿cómo habíamos de desesperar ni de rendirnos cuando la suerte pronunciara contra nosotros una oscura sentencia?

Al través de calamidades y catástrofes hemos continuado serenamente nuestro camino...

Pero este año maldito, este año de iniquidades que, al fin, ayer acabó, ha traído, con el azote de la guerra extranjera, radicales y dolorosas mudanzas.

Nos miramos y no nos reconocemos.

Desde los ministros que se declaran cadáveres, hasta la nación que no tiene, no ya rugido, pero ni siquiera un lamento con que estremecer los aires, todo lo que se advierte dice cómo la vida huyó y cómo, despojo de la guerra, yace con las alas rotas la esperanza.

La guerra con todos sus horrores; el vencimiento con todas sus humillaciones; el derroche de oro con todos los revoloteos de la codicia; el derroche de sangre con todas sus infecundidades trágicas, podrían ser considerados como males inferiores, como accidentes remediables y pasajeros, si no vinieran acompañados de una depresión, de un enervamiento, de una extinción total de toda energía y de todo aliento, que así alcanzan a Don Quijote como a Sancho.

El espantoso balance de este año memorable no dice solo: tantos miles de muertos, tantas colonias perdidas, tantos buques en el fondo del mar, tantos millones deshechos...—Lo peor de ese balance es lo que añade: La fe destruida; el espíritu nacional sin bríos para recobrase; los hombres de Estado sustituidos por flamantes quirománticos, peregrinos de una nueva piedra filosofal; los particularismos, los egoísmos, los escepticismos de toda especie, desperezándose al sol bajo los pequeños campanarios; y allá, no a lo lejos, sino muy cerca, la nube de la intervención y de la guerra civil, contra las cuales encogemos los hombros confiados en el ojo penetrante de Capdepón o en la serena pupila de Almodóvar...

. . .

Año negro y aborrecible. Has acabado no sólo con los cuerpos, sino con las almas.

DOS CARTAS

Excelentísimo Sr. D. José Canalejas.

Mi respetable amigo y jefe: Desde que don Antonio Maura, a propósito de la ejecución de Ferrer, hizo en el Congreso el escrutinio negativo de la piedad española, diríase que, en trances parecidos, quien calla es un colaborador de la política inexorable.

Cierto que tales recuentos, hechos un día en la plaza de Jerusalén, no son de nuestro tiempo; pero aun separándonos de ellos los largos siglos que han elaborado para los hombres un nuevo mundo moral, es indudable que hay todavía quien quiere que el Pretor someta a los clamores de ciertas turbas el puro perdón del cielo. He visto que se abre votación por el verdugo o contra el verdugo, y yo, que conozco a usted en su alta calidad de pensador y en su condición generosa y buena, creo que en esta hora las voces de sus amigos deben de alentarle en la firmeza de sus juicios y en la libre acción de sus sentimientos; y como español que sabe

de qué manera siniestra fructifica la sangre en su país, y como hombre político a quien la bondad de usted ha colocado en las altas jerarquías del partido liberal, cumplo con todos mis deberes y cedo a todas las inclinaciones de mi espíritu sumando ante usted, al voto de los demás españoles, verdaderamente cristianos, y al de los demás correligionarios nuestros, el voto mío por la clemencia en favor de cuantos puedan resultar condenados en el proceso de Callera.

Sería inicuo el detenerse a considerar los aspectos políticos del perdón: es humano, es religioso, es digno de su gran corazón y de su gran nombre, y eso basta. Yo deseo vivamente que en esta hora solemne se escuche usted a sí mismo.

Lo quiere, respeta y admira su amigo afectísimo s. s., q. b. s. m.,

JULIO BURELL.

10 de enero de 1912..

LA CONTESTACIÓN DE CANALEJAS

Mi querido Julio: Así le llamaba al escribirle en el largo periodo de nuestras frecuentes relaciones, de nuestra diaria correspondencia, cuando juntos trabajábamos en nobles propagandas que nunca olvidé.

He recibido, y añado que leí con emoción, su hermosa carta, en la que desbordan sentimientos que comparto. Claro está que, en definitiva, la responsabilidad ante la censura debo asumirla,

y no la rehusaré; pero, sin declinarla, cuando usted me dice que me escuche a mi propio, no olvide que estoy a solas con mi conciencia para meditar; pero acompañado de muchas obligaciones para resolver. Hoy he citado a los compañeros a Consejo, tan pronto como recibí la sentencia; hace usted justicia a mis inclinaciones, que no dudo son las de todos los compañeros de Gobierno. Nada puedo ni debo anticipar, sino que he agradecido su carta; que atribuyo a su voto, tan elocuentemente formulado, el valor que tiene, y me reitero suyo cordial amigo,

PEPE.

11-1-912.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
JULIO BURELL.....	5
Jesucristo en Fornos.....	19
La valija rota.....	25
La caída en Bayona.....	33
Recuerdos de la revolución.....	49
Allá en lo alto.....	61
Bachilleres y bachillerías.....	69
Gentes que tienen hogar.....	75
Los que llegan.....	79
Campaña y playa.....	83
Los dos Cristos.....	91
Cuento de mayo.....	99
Stecchetti	107
La nube negra. (Socialismo y anarquía).....	117
Para los violentos.....	129
Mañana de mayo.....	135
Pidiendo gracia.....	139
La República representativa.....	147
La mística paloma.....	151
Mi toga.....	157
En propia defensa.....	161
Línea de luz.....	169
Zola en el banquillo.....	173
Habla Castelar.....	179
Muerte de Gladstone.....	183

El caso de Cavaignac.....	187
Mendizábal	193
Olózaga	197
Hogar honrado.....	203
Manuel Tamayo.....	209
"Fernanflor"	213
Alrededor de un libro.....	219
El caballo muerto.....	227
El cabo Ruiz.....	231
Un nuevo alcalde de <u>Móstoles</u>	235
Las alas negras.....	245
Sagasta, periodista.....	249
Sagasta, latente.....	255
La sombra de Moret.....	263
Augusto Figueroa.....	275
La campaña de Cuba y el general Weyler.....	279
Vengados	285
Los que nos acusan.....	291
Oro y escoria.....	297
Piel de zapa.....	301
Cosas de Hamlet.....	307
Voces del desastre.....	313
Danza macabra.....	325
Deliberando	329
Al acabar. (Maldito año).....	335
Dos cartas. (Petición de indulto).....	339

107
117
120
125
130
147
151
157
161
169
173
179
183


~~~~~  
**Precio: 5 pesetas.**  
~~~~~

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).

Paseo de San Vicente, 20.-Madrid.

